



Goliat arrodillado

(reportajes)

Por
Guillermo Zambrano

www.librosinpapel.com

Goliat arrodillado

© Copyright Guillermo Zambrano 2006

D.R. © 2006 de la presente edición Librosinpapel, LLC. ISBN 0-9776566-0-8

Por
Guillermo Zambrano

Para Leticia, otra vez

*Si la Tercera Guerra Mundial
se pelea con armas nucleares,
la Cuarta se hará con piedras
y con palos.*

(Albert Einstein)

ANTECEDENTES

Desde 1776, cuando 13 colonias que después se llamarían Estados Unidos comenzaron su guerra de independencia contra Gran Bretaña, hasta el año 2003, cuando el presidente George W. Bush invadió Irak, el pueblo y los gobiernos estadounidenses han participado en 47 guerras en el mundo, entre las que se cuentan 23 intervenciones en América Latina y el Caribe.

Los poderosos hombres de Washington y el Pentágono han dejado de lado la diplomacia y han recurrido a la fuerza 47 veces en 227 años, lo que equivale a una guerra cada 4.8 años.

Aunque siempre hay oposición doméstica a estas guerras, también hay apoyo de parte de algunos sectores del pueblo estadounidense -un pueblo guerrero y expansionista-, y en la actualidad hay familias que dicen con orgullo que el abuelo peleó en la Segunda Guerra Mundial o en la de Corea, el hijo fue a la de Vietnam y el nieto estuvo en la primera guerra del Golfo, en la de Afganistán, o en la segunda guerra del Golfo.

De esas casi 50 acciones bélicas, la guerra de Vietnam es, hasta la fecha, la única guerra que ha perdido Estados Unidos en toda su historia. Y esa derrota dejó por lo tanto una herida muy profunda en la sociedad estadounidense. Desgraciadamente para Hanoi, la de Vietnam fue una victoria pírrica.

La experiencia de Vietnam demostró al mundo la injusticia de esa guerra en particular y la injusticia en general de las intervenciones militares de Estados Unidos en los países del Tercer Mundo.

Washington fue derrotado en Vietnam en 1975, cuando faltaba apenas un año para que el imperio celebrara sus doscientos años de existencia, y fue tan grande la herida, que treinta años después no ha podido recuperarse.

Vietnam, un país que tuvo la ilusión de la independencia y la soberanía -y que dio su sangre por ellas y venció en el campo de batalla a dos grandes potencias militares como son Francia y Estados Unidos-, lucha hoy en día, denodadamente, en pleno siglo XXI, por alcanzar esa soberanía y esa independencia, sufriendo los rezagos causados por el bloqueo económico que decretó la Casa Blanca durante tantos años.

Estados Unidos normalizó relaciones con Vietnam hasta 1995.

En 1975, los jóvenes soldados estadounidenses que perdieron esa guerra fueron recibidos en su país casi como “traidores”.

Y ahora, en el año 2005, Vietnam sigue siendo un tema tan espinoso que no ha sido digerido ni por el Tío Sam ni por la sociedad estadounidense.

Después de 1975, los estadounidenses prefirieron ignorar esa guerra durante más de una década, y no se atrevieron a hablar de ella ni de las marcas profundas que dejó el conflicto en una generación de jóvenes.

Sin embargo, a mediados de la década de 1980, ya se hablaba de Vietnam en Estados Unidos: se escribían obras de teatro, se hacían películas, se editaban libros y se discutía el tema en los medios.

Y fue entonces cuando Estados Unidos tuvo que reconocer la masacre de My Lai, una aldea vietnamita en medio de la selva donde más de quinientas personas, la mayoría ancianos, mujeres y niños, fueron asesinadas en un solo día -el 16 de marzo de 1968-, por un pelotón de soldados estadounidenses.

A pesar de la nueva actitud, sigue siendo tanta la aprehensión sobre la guerra de Vietnam, que en abril de 1999, con motivo de la guerra en los Balcanes, Newsweek entrevistó al ex secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert McNamara, quien estuvo al frente del Pentágono durante siete de los muchos años que duró la guerra de Vietnam.

“¿Qué parte del conflicto en Kosovo le recuerda a Vietnam?”, preguntó la revista. Y McNamara dijo: “No tenemos -y no vamos a tener-, 500,000 soldados americanos en riesgo, cosa que sí tuvimos en Vietnam. No vamos a tener, en ninguna situación que yo pueda imaginarme, 58,000 americanos muertos en Kosovo, como los tuvimos en Vietnam. Y no vamos a tener 3.5 millones de enemigos muertos en Kosovo, como en Vietnam”.

A partir de la derrota en Vietnam, que muchos aseguran fue por culpa del Congreso de Estados Unidos porque, dicen, le amarró las manos al Pentágono (¡que aun así logró enviar a un total de 500,000 hombres!), la política de Washington hacia la guerra cambió y comenzó a bombardear desde el aire, como lo hizo Bill Clinton en Kosovo, para no arriesgar a sus hombres, y George

W. Bush en Afganistán, y como lo hizo también, 11 años antes, Bush padre en Irak.

Ya para la segunda guerra del Golfo, Bush hijo se sintió invencible y quiso pelear en tierra. Metió a 150,000 tropas en Irak y “vietnamizó” el conflicto.

Invadió Irak sin el consentimiento de la ONU, alegando que Saddam Hussein tenía armas químicas, biológicas y nucleares, y se metió en problemas con la comunidad internacional y con el pueblo estadounidense, que no quiere ver regresar a sus hijos en bolsas de plástico negro.

El mundo entero apoyó a Bush hijo a fines del 2001, cuando derrocó al Movimiento Talibán de Afganistán, que cobijaba al militante islámico de origen saudita, Osama bin Laden, y a su red Al Qaeda, algunos de cuyos militantes fueron autores de los ataques a Estados Unidos en septiembre del 2001, en donde murieron al menos 3,000 personas.

Pero la invasión a Irak en marzo del 2003 fue otra cosa. Casi todo el mundo le dio la espalda a Bush.

El experto estadounidense en armas, David Kay, enviado a Irak al frente de un equipo de investigadores desde la caída de Hussein en abril del 2003, para localizar -y mostrar al mundo sin la ayuda de la ONU-, las supuestas armas de exterminio, renunció a su cargo a fines de enero del 2004 y dijo a una comisión del Senado de Estados Unidos: “estábamos equivocados... no había tales armas”.

A fines del 2005, y según declaraciones del propio Bush, más de 2,100 soldados estadounidenses habían muerto y al menos 30,000 iraquíes, desde el inicio de la invasión.

Y eso sin contar los cerca de 20,000 soldados estadounidenses heridos o mutilados, ni las decenas de miles de iraquíes -militares y civiles-, también heridos y mutilados.

Y esa guerra, convertida en una guerra de guerrillas como la de Vietnam, durará al parecer mucho tiempo porque la diplomacia se ejerce antes de disparar los cañones y no después.

Está claro que Bush hijo no aprendió la lección de Vietnam.

Y en cuanto a las intervenciones de Washington en América Latina y el Caribe, éstas son, desgraciadamente para más de 500 millones de personas, un tema doloroso porque nuestra región del mundo es considerada por el Tío Sam como su “patio trasero”.

Antes de entrar de lleno a la guerra de Vietnam, país al que viajé como enviado de un diario mexicano en 1988 -13 años después de la caída de Saigón-, conviene echar un vistazo rápido a las intervenciones de Estados Unidos en su mal llamado patio trasero:

- 1846-1848, al final de la guerra contra México, Estados Unidos anexionó Texas, Nuevo México y California.

- 1855, el aventurero estadounidense William Walker toma Nicaragua a nombre del Tío Sam, aunque es expulsado en 1857.

- 1898, España pierde Cuba y Puerto Rico en su guerra con Estados Unidos, que pretende erigirse en amo de esas ex colonias.
- 1902, Estados Unidos obtiene la base naval de Guantánamo en Cuba.
- 1903, Panamá se independiza de Colombia con la ayuda de Estados Unidos, y Washington obtiene jurisdicción militar y bases en el nuevo país. El Canal de Panamá se completa en 1914, y sólo bajo los tratados de 1977, Panamá logra que le sea devuelto en el año 2000.
- 1912, desembarco de “marines”, en Nicaragua, para apoyar al rebelde Adolfo Díaz, que derroca al presidente Santos Zelaya. Las tropas del Tío Sam permanecen en ese país hasta 1933 y ayudan a aplastar a las fuerzas del rebelde César Augusto Sandino.
- 1913, Tropas estadounidenses cruzan la frontera con México persiguiendo al general revolucionario Francisco “Pancho” Villa.
- 1914, desembarco de “marines” en el puerto mexicano de Veracruz, para proteger los intereses de la Standard Oil Co.
- 1915, desembarco de “marines” en Haití para proteger los intereses azucareros del Tío Sam (permanecen ahí hasta 1934).
- 1916, los “marines” toman Santo Domingo para proteger intereses azucareros (permanecen ahí hasta 1924).
- 1924, los “marines” entran a Honduras y permanecen tres meses en el país, para proteger a ciudadanos estadounidenses, durante luchas partidarias locales.
- 1954, rebeldes armados y entrenados por Estados Unidos derrocan al presidente de Guatemala Jacobo Arbenz, cuya reforma agraria amenazaba intereses del Tío Sam, entre ellos la United Fruit Company.
- 1961, Washington apoya un operativo militar de los exiliados cubanos para derrocar a Fidel Castro, quien vence a los invasores en Bahía de Cochinos.
- 1962, Estados Unidos obliga a la Unión Soviética a desmantelar los misiles de defensa que Moscú había instalado en Cuba.
- 1965, tropas estadounidenses aplastan una revuelta izquierdista en República Dominicana.
- 1973, la CIA ayuda al general Augusto Pinochet a derrocar al presidente chileno Salvador Allende.
- 1983, soldados del Tío Sam invaden Grenada y ayudan a derrocar al régimen militar. En medio del caos, el primer ministro izquierdista, Maurice Bishop, es asesinado. Poco después se retiran las tropas de Estados Unidos.
- 1983, rebeldes derechistas de Nicaragua, apoyados y entrenados por Estados Unidos, inician ataques desde Honduras para derrocar al gobierno sandinista.
- 1983, en El Salvador, asesores estadounidenses ayudan al gobierno y al ejército local a pelear contra guerrilleros de izquierda.
- 1984, tensión entre Washington y Moscú luego de que el Tío Sam le advierte al Kremlin que no envíe aviones de combate a Nicaragua. El gobierno

sandinista acusa a Estados Unidos de estar planeando una invasión y pone a sus tropas en alerta máxima.

- 1987, le estalla en las manos al presidente Ronald Reagan el escándalo del Irangate (venta secreta de armas a Irán, cuyas ganancias iban a dar a la Contra nicaragüense).

- 1989, Bush (padre), electo en 1988, interviene militarmente en Panamá para aprehender al líder Manuel Antonio Noriega, quien es llevado a Miami y juzgado por narcotráfico. En el operativo mueren más de 1,000 panameños, la mayoría civiles.

- 1994, nueva intervención militar (dirigida por Clinton) en Haití.

Conviene también hacer un recuento rápido de las guerras e intervenciones de Estados Unidos fuera de América Latina, para entender la dimensión de la derrota en Vietnam, que es, hasta nuestros días, la única guerra que ha perdido el Tío Sam. Aunque todavía hay que ver cómo saldrá de su agresión contra Irak.

- 1776, guerra de independencia.
- 1861-1865, el norte vence al sur en la guerra de secesión.
- 1898, guerra con España.
- 1899, intervención militar en Filipinas.
- 1900, intervención militar en China contra los bóxers.
- 1917-1918, Primera Guerra Mundial.
- 1922, intervención militar en Turquía contra nacionalistas.
- 1922-1927, tropas del Tío Sam en China por revuelta nacional.
- 1941-1945, Segunda Guerra Mundial.
- 1947-1949, operación comando en Grecia en la guerra civil.
- 1950-1953, guerra de Corea.
- 1953, operación comando en Irán para instalar al Sha.
- 1958, intervención militar en Líbano contra rebeldes.
- 1960-1975, guerra de Vietnam.
- 1962, operación comando en Laos durante guerra de guerrillas.
- 1965, operación comando en Indonesia para golpe de Estado.
- 1969-1975, fuertes bombardeos contra Camboya.
- 1976-1990, operación comando en Angola.
- 1991, primera guerra del Golfo.
- 1992-1994, envío de tropas y bombardeo en Somalia por guerra civil.
- 1995, intervención militar en Bosnia-Herzegovina.
- 1999, intervención militar en Kosovo.
- 2001, guerra en Afganistán.
- 2003, invasión de Irak.

Diecisiete años después de mi viaje a Vietnam, decidí escribir este libro utilizando parte de mis reportajes y mucho del material que se me quedó en el tintero por falta de espacio, para demostrar la inutilidad de esa guerra.

El libro muestra también la injusticia de esa guerra. Y esto no sólo lo digo yo, así me lo contaron algunos veteranos estadounidenses que encontré allá y con quienes conviví varias semanas.

Un grupo de veteranos viajó a Vietnam años después de terminada la guerra para limpiarse el alma, borrarse el horror de la memoria, y pedir perdón al pueblo vietnamita, aunque fuera a título personal.

Y me lo contaron también decenas de vietnamitas que entrevisté y con quienes tuve la suerte de convivir, porque aprendí a respetar a los hombres y mujeres que pelearon por su dignidad y arriesgaron incluso hasta su vida para alcanzarla.

Después de 1975, el pueblo estadounidense prefirió ignorar esa guerra durante más de una década. Nadie quería hablar de ella ni de las marcas profundas que dejó en una generación de jóvenes.

Así que los veteranos de Vietnam tuvieron que reunirse ellos mismos y fundar asociaciones de lucha para enfrentar en bloque a la burocracia que les negaba no sólo los servicios a los que tenían derecho, sino la existencia misma.

Nixon perdió esa guerra a pesar de los intensos bombardeos sobre Hanoi y a pesar de las tramposas conversaciones de paz de Kissinger en París.

Después se conoció el escándalo Watergate y Nixon tuvo que salir huyendo por la puerta trasera.

Llegaron a la Casa Blanca, Ford y luego Carter, y ambos fueron presidentes de la amnesia colectiva. El pueblo estadounidense seguía sin hablar sobre el tema de Vietnam.

Reagan, finalmente, declaró a los cuatro vientos que la guerra de Vietnam había sido una causa noble y mandó erigir un monumento en Washington con los nombres de todos los caídos en el campo de batalla.

A pesar del nuevo clima de apertura, la mayoría de los jóvenes que pelearon en Vietnam y sobrevivieron, siguen pensando que esa guerra fue injusta.

VETERANOS

Cuando llegué a Vietnam en 1988, Washington había perdido la guerra hacía 13 años, y su injusta invasión le había costado la vida a unos 58,000 jóvenes estadounidenses que fueron enviados a pelear casi todos en contra de su voluntad. Después de la guerra, las bajas habían seguido aumentando, según me explicaron algunos veteranos mientras tomábamos cervezas en la terraza del hotel Rex de Ciudad Ho Chi Minh. De acuerdo a estudios realizados por una de sus organizaciones, cerca de 60,000 veteranos en Estados Unidos habían sido víctimas de las drogas y el alcohol, o se habían suicidado.

Y muchos enfrentaban problemas derivados del lanzamiento en las selvas de Vietnam del famoso *agente naranja*, un poderoso defoliante.

Sus hijos estaban naciendo con malformaciones genéticas por haber estado expuestos (los veteranos) a ese producto químico.

–Así que la injusta guerra de Vietnam la están pagando ahora también nuestros hijos –me dijo Gary Parker, un ex combatiente que estaba de visita en la antigua Saigón.

Parker, de 39 años, había combatido en 1968 a 60 kilómetros de Saigón y regresó en 1988 a Vietnam “veinte años después, por primera vez... arrepentido”, tras los intensos enfrentamientos en los que perdió un oído por una bomba trepidante que estalló a pocos metros de donde él operaba un cañón antiaéreo de 155 mm.

Gary nunca había estado en Saigón, ahora Ciudad Ho Chi Minh, la famosa capital del Sur, que era sin duda mucho más cosmopolita que Hanoi, aún 13 años después de la unión del país.

–Es más, nunca había estado en ningún otro lado de este país que no fueran las plantaciones de caucho en donde estuve destacado todo un año, hasta que tuve que ser dado de baja -me dijo Gary antes de darle un trago a su cerveza Saigón.

–Durante estos días he podido constatar por qué a Saigón le decían *la perla del sureste asiático*: es la ciudad más hermosa que he visitado en mi vida -agregó, risueño.

Para Gary Parker y otros 14 compañeros suyos, todos del estado de Ohio, la experiencia de regresar a Vietnam como *civiles*, les valió una dura crítica entre sus familiares y amigos.

–Ahora mismo, en 1988, tantos años después de la guerra... –me dijo Parker antes de darle otro sorbo a su lata de cerveza–, para mucha gente en Estados Unidos, esta pequeña nación de hombres y mujeres valerosos, que nos ganó la guerra a nosotros, el supuesto país más poderoso del mundo, es todavía nuestro enemigo.

–¿Qué sentiste al llegar... cuál fue tu primera impresión?

–Me topé de lleno con la dignidad de todo un pueblo.

–¿Qué le dirías a los vietnamitas, si pudieras ser escuchado?

–Que estamos convencidos de que esta guerra fue injusta y que sabemos, y así lo predicamos, que la intervención de Estados Unidos en este país nunca pudo ser soportada con argumentos valederos.

El viaje fue organizado por Don Mills, de 44 años, miembro del comité ejecutivo de la Asociación de Veteranos Estadounidenses de Vietnam. Alto y delgado, de ojos negros y una barba cana bien recortada, Mills había estado de visita en Vietnam después de la guerra en dos ocasiones anteriores.

Tenía 24 años cuando llegó a pelear a Vietnam.

–Fui obligado por mi gobierno –me dijo esa noche en la terraza del Rex–, luego de haber organizado en Ohio varias manifestaciones en contra de la guerra.

Mills me explicó que su trabajo en la Asociación era obtener y defender plazas laborales en Estados Unidos para los veteranos.

–Nadie nos quiere dar trabajo... nos tratan como traidores... y los traidores son ellos, los hombres del poder. A pesar de que Washington habló

siempre de 58,000 soldados muertos en acción en Vietnam, muchos de esos hombres que perdieron la vida no murieron en Vietnam, sino que fueron enviados a otros frentes, como Camboya y Laos, en operaciones clandestinas y encubiertas, que la Casa Blanca no quiso nunca desenmascarar.

La Asociación de Mills representa a 35,000 veteranos.

—Nadie quiere emplear a los veteranos de Vietnam. Muchos de nuestros veteranos son gente inestable —admitió Mills mientras una leve brisa nos refrescaba en la terraza del Rex—, eso es cierto, un poco más del 60 por ciento de los veteranos ha tenido más de dos divorcios después de la guerra y muchos de ellos son, además, poco estables en sus trabajos; por eso los patrones prefieren no emplearnos, pero mi tarea es conseguir trabajos y tratar de reeducar a nuestros compañeros para que aprendan a defender y a querer sus empleos. Es difícil, pero poco a poco hemos ido cambiando la idea que la gente tiene sobre nosotros, y también hemos ido aprendiendo, nosotros por nuestro lado, a ser menos inestables.

Y después, con un dejo de tristeza en la mirada, Mills me dijo durante esa noche cerrada, sin estrellas.

—Desgraciadamente ha habido más bajas entre los veteranos después de la guerra que durante las operaciones militares. Casi 60,000 se han suicidado o han caído en las garras de la droga y el alcohol. Esos 60,000 compañeros... más los 58,000 muertos que oficialmente reconoce la Casa Blanca, arrojan un saldo de más de 110,000 jóvenes que murieron o quedaron desadaptados socialmente para el resto de su vida a causa de una guerra injusta.

Aparte de viajar a Vietnam “para sacarnos la fobia de la guerra de las entrañas”, Mills me dijo que lo hicieron para tener acceso a las investigaciones que estaba realizando el gobierno de Vietnam sobre los efectos que el *agente naranja* había tenido en los niños vietnamitas que nacieron después de que sus padres fueron bombardeados con ese poderoso defoliante.

—En Estados Unidos nadie quiere saber de esto, pero nuestros hijos también, los hijos de los veteranos de Vietnam, al igual que los hijos de los vietnamitas expuestos al defoliante, son los niños que tienen más defectos de nacimiento. En ningún lugar del mundo hay una cifra tan grande de niños con malformaciones genéticas como en el sur de Vietnam, y esto es a causa del *polvo amarillo*, como le dicen los vietnamitas, y que nosotros lanzamos sobre esta pobre gente sin ningún respeto. Ahora nosotros mismos estamos pagando en nuestros propios hijos.

Los veteranos se acercaron al gobierno de Ciudad Ho Chi Minh en busca de ayuda, para encontrar una solución al problema de las malformaciones genéticas de sus hijos.

—Y el gobierno local —me dijo Mills, con ojos llorosos—, con gran altruismo, y a pesar de haber sido nosotros los causantes de este problema y los responsables de todos los niños malformados que han nacido en el sur de Vietnam después de la guerra, comprendió nuestra angustia y nos ha abierto las puertas de sus hospitales y laboratorios.

Las pocas investigaciones que al respecto se han realizado en Estados Unidos, “se han hecho de mala gana”, me explicó Mills.

–Y esto es así porque nadie quiere saber nada de la guerra de Vietnam. Es una guerra que perdimos y a nadie le gusta hablar de ella.

Bob Jablonski, de 38 años, también de Ohio, había estado ya dos veces en Vietnam y la de 1988 era su tercera visita, por eso se sentía como en su casa. Esa noche estaba feliz en el Rex, bromeando con Gary Parker, a quien le hacía poner el oído malo junto a una lata de cerveza al momento de destaparla, para ver si Gary podía escuchar el sonido.

Gary estaba todavía tenso y Bob le explicó que era natural en el primer viaje. Bob peleó también en las plantaciones de caucho y estuvo hace apenas dos años en Hanoi, durante una celebración oficial.

–En esa ocasión tuve el honor de estrechar la mano del general Vo Nguyen Giap –me dijo, destapando otra lata de cerveza–. Nadie lo ha dicho en Estados Unidos de manera oficial, pero todo el mundo sabe que el general Giap es actualmente el único general vivo en todo el mundo, que nunca ha sido derrotado en el campo de batalla. Giap es ahora un anciano dulce que frisa los 80 años, pero en el campo de batalla fue siempre un tigre.

Bob Jablonski es un hombre parlanchín y usa también barba (los quince veteranos, casualmente, usan barba). Jablonski tiene, aparte de mucho respeto por el pueblo de Vietnam y su lucha de liberación contra el ejército francés y el estadounidense (“guerras, las dos, que ganó el general Giap”, dice), muchas teorías acerca del trasfondo económico de todas las guerras “y especialmente la de Vietnam”.

–Los franceses perdieron la guerra en contra de este aguerrido pueblo en 1954, en la batalla de Dien Bien Fu, pero en realidad los franceses nunca se fueron. No sé cómo lo hicieron, pero convencieron a Estados Unidos de reemplazarlos en el campo de batalla para seguir ellos haciendo negocios en su ex colonia –me explica Jablonski y luego le da un trago largo a su lata de cerveza Saigón–. Yo combatí en las plantaciones de caucho, 60 kilómetros al norte de Ciudad Ho Chi Minh. Ahí, el ejército de Estados Unidos destruyó bosques enteros de árboles de hule. Los árboles estaban plantados cada cuatro metros y a veces teníamos que desmontar grandes áreas para trazar caminos y para colocar nuestras baterías, así que le pagábamos a los dueños, que eran franceses, una cantidad impresionante de dólares... todo dependía del tamaño del árbol y siempre había un hombre de negocios francés entre nosotros para anotar el diámetro del árbol derribado y calcular su costo: los precios comenzaban en 50 dólares por árbol, pero en ocasiones, cuando se trataba de árboles gigantescos, el ejército de Estados Unidos les pagaba a los franceses hasta 300 dólares por árbol... ¡Y en ocasiones desmontábamos bosques enteros!

Según Jablonski, “aunque no tengo pruebas documentales para soportar mi teoría, la empresa que se benefició con este acuerdo monetario durante

todo el tiempo que duró la guerra de Vietnam fue la empresa francesa de neumáticos Michelin”.

Jablonski, Parker, Mills y los otros 12 veteranos son oriundos del estado de Ohio, “la tierra del hule y de las grandes fábricas de neumáticos”, dice uno de ellos durante nuestra conversación.

–Allá en casa, donde muchos veteranos eran obreros de las fábricas de neumáticos antes de venir a pelear aquí, se comentó siempre que, *casualmente*, luego de la guerra de Vietnam, Michelin surgió de manera internacional... ¿con qué dinero habrán podido crecer...? nos preguntamos siempre en casa –dice Jablonski con una sonrisa que quiere ser suspicaz.

Los otros veteranos se comportaron esa noche con cautela. Uno de ellos perdió el brazo izquierdo, otro tenía el rostro desfigurado a pesar de las múltiples operaciones de cirugía plástica que le habían practicado para intentar repararle el maxilar inferior, otro más no tenía nada físicamente, pero sus compañeros me dijeron que lloraba todo el tiempo.

Jablonski, en cambio, se sentía como en su casa. Hablaba hasta por los codos, bebía cerveza con profusión, y despotricaba en contra de su gobierno.

–Me parece insultante que Washington mantenga embargos económicos en contra de Vietnam, Cuba y Nicaragua. Nuestros gobernantes no tienen la menor sensibilidad política. Vietnam es un pueblo maravilloso, deberíamos respetarlo y, además, deberíamos pagarle las indemnizaciones que le debemos por la guerra. Son 3,000 millones de dólares, que este pueblo honesto podría usar para levantar cabeza –dice Jablonski molesto.

Después de beber ruidosamente de su lata de cerveza, Jablonski dijo haber saludado, “apenas anoche, en esta misma terraza, a otro mexicano”.

Sorprendido, le pregunté quién podría ser. Vietnam, en esos años, no era un destino turístico. Así que otro mexicano en la misma ciudad, era punto menos que imposible.

–Es un director de cine. Su nombre me lo anotó aquí –dijo, y sacó de uno de los bolsillos de su camisa una libreta de pastas verdes.

Leí el nombre: Miguel Rico.

Azorado ante la coincidencia, le pedí que me lo describiera y comprobé que se trataba de un antiguo compañero de la universidad. Hacia más de veinte años habíamos estudiado periodismo.

Jablonski, encantado de haberme sorprendido, me explicó que Rico viajaba acompañado de un fotógrafo holandés y de un escritor inglés.

–Se fueron a la playa, a Vung Tau, porque están buscando locaciones para una película.

En ese momento decidí salir por la mañana, a primera hora, hacia Vung Tau para encontrarme con Rico. No sabía dónde estaba Vung Tau, pero ya lo averiguaría... desde mi llegada a Vietnam había estado investigando y descubriendo cosas nuevas cada día.

BOMBAS Y DOLARES

Al llegar al aeropuerto de Tan Son Nhat observé, desde el aire, el cementerio de aviones militares estadounidenses que no habían sido retirados. Estaban oxidados, rotos y abandonados a un costado del aeropuerto de Ciudad Ho Chi Minh y sólo podían verse desde el aire porque al tocar tierra una valla alta de láminas de asbesto los escondía. La mayoría eran cazabombarderos F-15, aunque también vi grandes aviones C-130, los que transportaban las bombas trepidantes de 5 mil 700 kilogramos de explosivos que estallaban y destruían áreas de 100 metros a la redonda, y que hacían temblar la tierra en un radio de tres kilómetros cuadrados.

Desde el primero de enero de 1961 (cuando el Departamento de Defensa estadounidense comenzó a llevar estadísticas sobre Vietnam), hasta la rendición incondicional del régimen de Saigón en el año de 1975, la ayuda militar de Washington al régimen sureño fue de 140 mil 800 millones de dólares, según cifras del Pentágono, es decir: más de 7,000 dólares por cada uno de los 20 millones de vietnamitas del Sur a quienes, teóricamente, el Tío Sam ayudaba así a permanecer “libres” del comunismo.

Esa suma sirvió, entre otras cosas, para lanzar sobre la antigua Indochina tres veces más bombas y explosivos que durante toda la Segunda Guerra Mundial.

Los aliados lanzaron 2.5 millones de toneladas de explosivos contra Alemania, Japón e Italia entre 1939 y 1945.

Sobre Vietnam cayeron -injusta e inútilmente-, 7.5 millones de toneladas de bombas, según estadísticas del Departamento de Defensa de Estados Unidos.

La llegada a Vietnam me hizo comprender de golpe (tras haber volado 27 horas desde la ciudad de México, con escalas en Los Angeles, Tokio y Bangkok), que esos aviones de guerra calcinados atestiguaban la dureza de las batallas que libró el pueblo para recuperar su dignidad.

Al entrar al edificio de aduanas, luego de haber descendido del avión y de haber caminado más de 500 metros bajo un sol abrasador, con mi máquina portátil de escribir en una mano, y mapas de la ciudad en la otra, vi un bar que ya estaba fuera de servicio, aunque la barra y las vitrinas seguían ahí, empolvadas.

De inmediato me saltó a la mente la imagen de ruidosos soldados estadounidenses haciéndose servir en sus días francos vasos de whisky por algún sonriente y amable *bar tender* vietnamita. Y se hizo presente, también de inmediato, la imagen de ese cantinero, en las noches, tras haber cumplido sus ocho horas de trabajo, reunido tal vez -a oscuras-, en la casa de un miembro del Vietcong para recibir órdenes de sabotaje.

A pesar de que fue un viaje muy largo para venir a encontrar la dignidad de un pueblo, no estoy cansado. Treinta y seis horas antes estaba aún en las oficinas del director del unomásuno, escuchando las últimas recomendaciones

de Manuel Becerra Acosta. He dormido poco, pero quiero ver ya -en este preciso instante-, Ciudad Ho Chi Minh.

Las oficinas de inmigración son cuatro pequeñas casetas de madera. Dentro de cada una de ellas hay un joven oficial, sonriente y amable, que ya no trae puesta una filipina de mesero sino que lleva, con orgullo, el uniforme militar de la República Socialista de Vietnam. Estos pequeños soldados amarillos de pómulos salientes, metidos en sus uniformes verde olivo, con caras rústicas y cuerpos musculosos, endurecidos por la guerra, son los nuevos hombres de Vietnam, del Vietnam reunificado gracias a su propio esfuerzo.

El pasaporte mexicano sorprende al soldado que revisa mis papeles. En francés, a pesar de ser tan joven, comenta el pasado campeonato mundial de fútbol. Me dice con una sonrisa muy amplia: “le Mexique très bien”.

Le pregunto, en mi maltrecho francés, por qué sabe hablar francés. Me explica que sus padres son muy viejos y que sólo hablan francés, que desde niño lo aprendió.

Luego sigue la aduana. Hay que declarar, por escrito y con dos copias, cada una de las prendas de vestir que uno lleva en la maleta, los anillos, relojes y medallas, así como cámaras fotográficas y grabadoras. Se enseña luego el dinero en efectivo y los cheques de viajero. Todas las pertenencias deben estar con el visitante a su salida del país, así como sus aparatos y joyas.

La mujer de la aduana, enfundada también en su uniforme militar, joven, de pómulos prominentes y piel suave, con un cuerpo flexible y bien torneado, sonríe mientras hace la explicación de que todas las pertenencias deben estar aquí de regreso: “Nada de vender objetos en el mercado negro ¿entendido?”, me dice con una sonrisa cruzándole el rostro.

Hay una gran calma en el aeropuerto. Poca gente viaja a Vietnam. El calor es sofocante. Sudo a Chorros, pero una sensación agradable recorre mi cuerpo.

Finalmente salgo con mi maleta y mi máquina de escribir. Tomo un taxi. Es un Peugeot blanco del año 1948. El chofer está orgulloso de su automóvil. Es un hombre viejo, arrugado y canoso, que me explica que el coche lo compró nuevo en 1948, cuando trabajaba como chofer de un general francés. Me habla también en francés, y yo, como puedo, trato de darme a entender.

Más tarde comprobé que muchísima gente habla inglés, pero casi todos prefieren hablar en francés. Los viejos no hablan inglés y los más jóvenes ya no hablan ni francés ni inglés: han comenzado a hablar el ruso como segunda lengua.

Me sorprende la cantidad de bicicletas, de bicimotos y de motonetas que circulan por las calles de Ciudad Ho Chi Minh. Me sorprende también la casi nula presencia de automóviles. Nadie, o casi nadie, es dueño de un automóvil en Vietnam. De ahí viene el orgullo del taxista.

Los “verdaderos” taxis en Ciudad Ho Chi Minh son bicicletas (o triciclos al revés), con dos ruedas adelante, con un asiento entre esas dos ruedas, para

que un pasajero se siente cómodamente. Si llueve o si al cliente le molesta el sol, el taxista levanta un toldo y el pasajero queda al abrigo de las inclemencias del tiempo. Pero el pedalista, que va detrás del asiento del pasajero, no tiene nada que lo cubra a él.

Durante mi trayecto al hotel observo la infinidad de puestos que hay en la calle. En esos puestos se vende sopa con fideos y pescado o sopa con fideos y pollo. La gente se detiene, pide su plato de sopa, y se sienta en cuclillas en la acera a comer.

Hay también puestos de tortas. Son tortas idénticas a las que comemos en México. Están hechas con carne fría, de cerdo o de pollo, y con un pan muy parecido a nuestros bolillos (influencia de la *baguette* francesa). Les ponen además lechuga, tomate, cebolla y mayonesa.

Las señoras que venden las tortas y las señoras que venden las sopas, así como las señoras que tienen sus puestos de cigarrillos en las esquinas de la ciudad, todas usan sombreros picudos de paja, amarrados a la barbilla con listones de colores.

Se ven muy elegantes: descalzas, con sus sombreros picudos de paja y con sus trajes vietnamitas negros.

El traje vietnamita típico de las mujeres consiste en pantalones negros de campana amplia en la base, tan amplia que si se ponen de pie con las piernas juntas parece que llevan una falda; y un camisón, negro también, entallado en el pecho y la cintura y que cae encima de los pantalones hasta la altura de las rodillas. El camisón tiene dos aberturas largas, una a cada lado, de tal modo que muestran, con cierta coquetería, la cintura desnuda en los costados.

Otras mujeres, vestidas idénticamente, atienden puestos de jugo de caña, y otras más, todavía, tienen puestos en donde expenden patos y pulpos asados, o limonadas frescas.

En Vietnam, en 1988, el salario promedio era de cinco dólares mensuales. Así que la gente se mostraba ahorrativa y calculadora para gastar su dinero.

Los precios de estas comidas en la calle no pasaban de 200 dong. El cambio oficial por un dólar era en ese entonces de 3 mil 600 dong. En el mercado negro se conseguían hasta 5 mil 500 dong por un dólar.

Otra cosa sorprendente es la cantidad de mecánicos de bicicletas que se instalan diariamente en las esquinas de Ciudad Ho Chi Minh. Todos tienen las mismas cajas de herramientas: cajas viejas de madera pintada de verde que originalmente contenían balas para ametralladoras estadounidenses XM-16.

Y lo más sorprendente, todavía, es que todos tienen, también, los mismos recipientes de agua para encontrar las ponchaduras de las llantas de las bicicletas: cascos viejos de *marines* muertos en combate.

Es sorprendente, pero así es: en casi cada esquina de la ciudad se ve a un mecánico con su caja verde de herramientas, su casco de soldado estadounidense volteado hacia arriba (lleno de agua) y su bomba para inflar las llantas una vez reparadas.

Los mecánicos y las vendedoras esperan pacientemente a sus clientes sentados en cuclillas en las aceras de la ciudad. Y los clientes, ya sea que se detengan a comer o a esperar la reparación de su bicicleta, se ponen también en cuclillas.

En las calles de la ciudad, infinidad de jóvenes y niños practican un juego extraño: cuelgan una red, como las de voleibol, de un extremo a otro de la calle, se colocan después cinco muchachos a cada lado de la red, y comienzan a patear un gallito de bádminton. El gallito puede ser impulsado, como la pelota en el fútbol, con las rodillas, los pies, el pecho y los hombros, pero nunca con las manos. Se permiten tres golpes por bando cada vez que el gallito (que no debe tocar el suelo) está en uno de los lados de la red. El gentío que se aglomera para ver estos partidos callejeros es considerable y cuando uno de los jugadores logra "clavar" el gallito en el lado enemigo luego de hacer una chilena al estilo de Hugo Sánchez, todos aplauden entusiasmados.

Durante una de mis caminatas por la ciudad traté de jugarlo con unos niños que no tenían red y que sólo estaban haciendo ejercicios de calentamiento. Fui el hazmerreír de los transeúntes: tan sólo una vez pude patear correctamente el gallito. Los niños, de no más de 10 años, me miraban sorprendidos. No parecía caberles en la cabeza que un hombre adulto no pudiera hacer lo que ellos hacían con tanta facilidad.

Luego de mi fracaso, intenté curar mi dignidad herida comprando, en un puestecito callejero, un dulce muy común en este país, hecho a base de frijol de soya endulzado con miel de abeja. El dulce se llama Tao Hu, y cuesta escasos 100 dong, así que compré cinco platitos de Tao Hu para mí y para mis cuatro compañeros de juego, y los niños, rápidamente y encantados de la vida, se pusieron en cuclillas en la acera para comérselo. También les provocó risa (aunque menos y supongo que porque recién había pagado yo sus dulces), el problema en que me vi envuelto cuando quise yo también ponerme en cuclillas. Entre los ajustados pantalones de mezclilla y mis poco acostumbradas rodillas, estuve casi un minuto tratando de encontrar una posición adecuada. Cuando terminé, por fin, la "operación cuclilla", mis cuatro amigos habían terminado sus dulces, habían entregado sus platitos a la señora vendedora, y se hablan ido muy quitados de la pena a seguir jugando con su gallito de bádminton.

La vendedora, con ojos comprensivos, me miró dulcemente y con un destello de solidaridad en el fondo de los ojos, y pude entonces, sentado en cuclillas en una acera de Ciudad Ho Chi Minh, comer más o menos tranquilo, aunque no muy cómodo, mi dulce de soya con miel.

HISTORIA

Vietnam es un país que tiene la forma de una "S". La parte norte se introduce en la gran masa de tierra que es China, la costa del país se va curvando alrededor del Golfo de Tonkín y luego continúa sobre el Mar Meridional de China, terminando por fin en el Golfo de Siam.

Tiene un territorio de 329 mil kilómetros cuadrados (excluyendo las islas de Hoang Sa y de Truong Sa) y una costa de poco más de tres mil kilómetros de largo. Su clima es tropical y húmedo. Su geografía es montañosa y atravesada por ríos, de ahí que las intrincadas selvas estén casi por todo el país.

La población es de 60 millones de habitantes, 40 de ellos viven en lo que fuera Vietnam del Norte y los otros 20 en lo que se llamaba Vietnam del Sur. En Ciudad Ho Chi Minh, la ciudad más grande del país (aunque la capital sea Hanoi), viven cuatro y medio millones de vietnamitas y medio millón de chinos.

Según los tratados de la conferencia de Ginebra del 21 de julio de 1954, el país fue dividido en dos a la altura del paralelo 17. Pero luego del triunfo de 1975, el país volvió a unificarse.

Vietnam ocupa un territorio largo con anchuras que van desde los 200 kilómetros hasta lugares en que el país no es más ancho que 60 kilómetros. Además de China, Vietnam tiene frontera al oeste con Laos y Camboya.

De acuerdo con algunos historiadores, los chinos expulsaron en el Siglo IV antes de Cristo a la tribu del Viet (que eran chinos también), del valle de Yang-tse-Kiang y los obligaron a emigrar hacia el sur y a establecerse en las riveras más bajas del Río Rojo.

El término Viet, según el sinólogo Claudius Madrolle, significa en chino "lejos", y la tribu fue bautizada así porque era en realidad la más lejana en relación a la capital del imperio chino.

Una vez expulsados hacia el sur, los vietnamitas se independizaron de China y se establecieron como país. Uno de los grandes gobernantes de Vietnam fue Lac Long Quan, que se hacía llamar a sí mismo "el Soberano del Linaje del Dragón".

Los vietnamitas tienen ascendencia china, pero durante su peregrinar hacia el sur atravesaron la región de Indochina para llegarse hasta las costas del Mar Meridional de China, y fue en el camino que comenzaron a mezclarse con los indonesios, y debido a esto, no son chinos al cien por ciento: son chinos pero con cuerpos más altos que los de los chinos y con rasgos faciales que se parecen menos al mongol y se acercan más al indonesio. De ahí que la belleza de las mujeres vietnamitas sea excepcional.

Otra teoría, que difiere de la anterior, dice que la raza de los vietnamitas tenía originalmente rasgos thai (del Reino de Siam, hoy Tailandia), y que sucesivas invasiones de los chinos a su territorio hicieron que se mezclaran, adquiriendo así los rasgos del mongol.

De cualquier manera, y aunque los historiadores no se hayan puesto de acuerdo al respecto, todos los estudiosos coinciden en afirmar que el vietnamita es activo, tenaz, perseverante y valeroso.

El escudo de armas de Vietnam tiene como motivo principal un dragón, que la mitología representa con la cabeza de un camello, cuernos de venado, ojos de pescado, garras de águila y pies de tigre. Una larga barba le cuelga a cada lado de la boca y una piedra preciosa brilla constantemente en su lengua.

La parte superior de la cabeza tiene una protuberancia que significa gran sabiduría. El dragón tiene, además, 81 aletas que recorren todo su cuerpo sobre la columna vertebral.

Se dice que un dragón exhala constantemente humo, mismo que puede ser convertido, a voluntad, en fuego o en agua. El dragón vive con la misma facilidad bajo el agua, en el aire, o inclusive bajo tierra. Es una criatura inmortal y no se reproduce porque la leyenda dice que los dragones siguen apareciendo en la tierra gracias a la transformación de los “Giao Long”: unas culebras fabulosas -mitad lagartija y mitad serpiente-, que automáticamente se convierten en dragones luego de haber vivido diez siglos en la Tierra.

A pesar de su aspecto terrorífico, el dragón no representa un espíritu del mal. Los vietnamitas lo han considerado siempre como un símbolo de poder y de nobleza. Y es por esto que el dragón fue escogido por los primeros emperadores del reino.

Otros tres animales sagrados en Vietnam son: el unicornio, que significa inteligencia y bondad, y los vietnamitas lo representan con el cuerpo de un antílope, patas de caballo, y cola de búfalo.

La tortuga, que representa para ellos el doble símbolo del Cielo y la Tierra. La concha superior del animal, que es redonda y convexa, representa la bóveda celeste, mientras que el caparazón de la parte de abajo, que es cuadrado, representa a la Tierra.

Y el Ave Fénix (“Phung”), que no corresponde al ave de la mitología de Occidente porque el Ave Fénix de Vietnam no renace de sus cenizas. En el Oriente, esta ave es el parangón de la virtud y la gracia. Por eso las reinas la usaban como símbolo y emblema para sus vestimentas, mientras que los emperadores usaban el dragón.

En Vietnam, el Ave Fénix se representa con pico de gallinácea, cuello de serpiente, pecho de golondrina, espalda de tortuga y cola de pescado.

El Ave Fénix aparece sólo en tiempos de paz y de prosperidad, y se esconde cuando hay mala administración de los soberanos. Es por esto que en el país se le considera el símbolo de la concordia y la serenidad.

Durante más de mil años, el Ave Fénix no estuvo presente porque los vietnamitas lucharon contra sus enemigos chinos. Pero esta larga guerra forjó y endureció a los guerreros que han sido siempre. Nunca atacan ellos, pero cuando son atacados pelean hasta el final y suelen dar, ellos, el último golpe para conseguir la victoria.

Es por eso que desde tiempos inmemoriales los vietnamitas han hecho hincapié en la educación cívica de sus ciudadanos: “para fomentar el patriotismo que ha sido, desde siempre, nuestra mejor arma”, según comentó a este enviado Nguyen Van Tuy, sargento primero del Ejército Popular de Vietnam.

A pesar de que los vietnamitas son grandes guerreros, no pudieron expulsar a los franceses, quienes se instalaron en Vietnam desde la segunda mitad del Siglo XIX. Casi un siglo después, en el año de 1930, hubo una gran

revuelta de los patriotas vietnamitas que fue sofocada por tropas y aviones franceses y terminó con 699 fusilamientos de vietnamitas sin juicio previo, 83 sentencias de muerte dictadas por jueces de la colonia, 546 condenas a prisión de por vida, y 3,000 arrestos. Y esto sólo en el año de 1930.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los japoneses vencieron a los franceses en esta parte del mundo y comenzaron a gobernar Vietnam. Otra oleada de patriotas formó diversos grupos de resistencia en contra del gobierno japonés en su territorio, pero no pudieron expulsarlos. En 1945 los japoneses se rindieron a los aliados y los franceses retomaron su ex colonia de manos de los japoneses.

Donde más dominaron los franceses luego de la Segunda Guerra Mundial fue en el sur del país y no fue sino hasta el año de 1954 cuando fueron derrotados por el general Vo Nguyen Giap en la famosa batalla de Dien Bien Fu, poniendo término a casi un siglo de dominación francesa.

Por desgracia, y a pesar de haber ganado la guerra, los vietnamitas tuvieron que aceptar los acuerdos de Ginebra que se firmaron en ese año de 1954. Dichos acuerdos determinaron que el país fuera dividido en dos partes, a la altura del paralelo 17, dejando un Vietnam del Norte, de régimen comunista, y un Vietnam del Sur, gobernado -bajo la mesa- por Washington.

La cultura religiosa de Vietnam ha sido influenciada por la cultura china, de ahí el gran impacto del confucionismo y el taoísmo, pero también ha recibido influjos de la India, por eso el budismo proliferó tanto en esa nación, aunque con la llegada de los franceses el catolicismo se extendió bastante.

El idioma vietnamita, que también ha recibido infinidad de palabras chinas no es, sin embargo, de origen chino. Lingüistas alemanes como Kuhn y Himly han declarado que los orígenes del vietnamita se remontan al thai, aunque otros estudiosos, como el sacerdote francés Souvignet, indicaron que los fundamentos del idioma estaban en la lengua indo-malasia.

De todas maneras, el vietnamita, que es un idioma vivo, no es una lengua pura sino que es una mezcla de idiomas antiguos y modernos: es producto de las diversas invasiones de extranjeros que los vietnamitas han tenido que sufrir a lo largo de su historia.

En Vietnam se utiliza la escritura romana, y eso no sucede en Japón, Tailandia, China, Camboya y Laos. Hace muchos años usaban caracteres chinos o egipcios para escribir, pero desde principios del siglo XX el pueblo comenzó, de manera espontánea, a utilizar el alfabeto romano que habían traído consigo los misioneros católicos del siglo XVII.

Los especialistas han determinado que gracias a este uso del alfabeto romano, se pudieron preservar en Vietnam las tradiciones orales y las leyendas de ese pueblo que tiene más de 4,000 años de historia y de cultura.

En la literatura se pueden detectar dos grandes influencias: el influjo chino, que arranca desde el siglo segundo antes de Cristo hasta el Siglo X de nuestra era, y el predominio de Occidente a partir del Siglo XIX.

Desde el siglo segundo antes de Cristo hasta el Siglo X de nuestra era, Vietnam estuvo dominado casi constantemente por China. Durante más de mil años, el pensamiento chino y su literatura se difundieron entre el pueblo vietnamita.

Luego vino un período de “vietnamización” en el que todo lo chino fue repudiado y en esa época el poeta Nguyen-Du escribió (en el Siglo XV) el poema más famoso del país: el Kim-Van-Kieu (de sesgo nacionalista) de quien algunos críticos contemporáneos han dicho que se trata de una obra de arte comparable al Libro de Versos de Confucio.

Finalmente, la llegada de los franceses en la segunda mitad del Siglo XIX tiene una influencia considerablemente en la literatura de ese país dándole con esto un nuevo impulso vital que los vietnamitas supieron trastocar y convertir en algo suyo.

La música de Vietnam, que es lánguida y triste, ha tenido también gran influencia china. Cuando el pueblo de Vietnam entró en contacto con Occidente perdió interés -momentáneamente- por su música y se aficionó a la música europea. En nuestros días, la mezcla de las dos corrientes musicales se aprecia con sólo encender el radio en Ciudad Ho Chi Minh.

LA TRAICION

Combinando la diplomacia con el terror, cuando ya estaba a punto de firmarse la paz, el presidente estadounidense Richard Nixon ordenó la reanudación de los bombardeos sobre Vietnam del Norte.

Bombardeos que en esa ocasión -la última- duraron desde el 18 hasta el 30 de diciembre de 1972.

Y el 27 de enero de 1973, sin ningún ánimo de honrar su compromiso -y con el deliberado propósito de ganar tiempo-, Estados Unidos firmó en París un acuerdo de alto al fuego en Vietnam.

Aunque todavía no era la paz, la opinión pública mundial respiró tranquila con ese tramposo acuerdo y se olvidó de Vietnam.

Silenciosamente, la guerra continuó en Vietnam. Y no fue sino hasta los meses de marzo y abril de 1975, durante la ofensiva final de los revolucionarios, que el mundo volvió la cara otra vez al sureste asiático.

Marzo y abril de 1975 pasaron a la historia nacional de Vietnam como “los meses gloriosos” de un pueblo heroico que supo quitarse el yugo colonial tanto de Francia como de Estados Unidos.

Viendo las traiciones de la Casa Blanca, los altos personeros del Ejército de Liberación de Vietnam se vieron forzados a tomar la decisión de no pactar más con el enemigo y se lanzaron a la conquista definitiva de todo el territorio de Vietnam del Sur.

El asalto final estuvo precedido de hechos muy importantes. He aquí un breve análisis de los mismos.

En septiembre de 1969 murió el líder Ho Chi Minh. Meses antes de su fallecimiento redactó, a manera de testamento, un documento político en el

que, como Moisés, aceptó que no vería la tierra prometida. Pero él, el gran libertador del sureste asiático, aseguraba a los suyos que:

“Ciertamente nuestro pueblo vencerá. Nuestra patria será reunificada. Nuestros compatriotas del Norte y del Sur se reunirán bajo un mismo techo. Nuestro país tendrá el insigne honor de ser una pequeña nación que habrá vencido a dos grandes imperialismos: el francés y el norteamericano. Vietnam aportará, indudablemente, una digna contribución al movimiento de liberación de todos los pueblos”.

Un año antes de la muerte del Tío Ho, dieron comienzo las conversaciones de paz en París. Conversaciones que, combinadas con “la guerra de Nixon”, duraron desde finales de 1968 hasta comienzos de 1973.

Durante esos cinco años de conversaciones, las únicas propuestas constructivas de paz fueron presentadas por la República Democrática de Vietnam (RDV) y por el Gobierno Revolucionario Provisional (GRP) de Vietnam del Sur.

Por ejemplo: el 1 de julio de 1971 -y tras una brillante ofensiva militar de las fuerzas populares-, la ministra de Relaciones Exteriores del GRP, Nguyen Thi Binh, presentó a la Conferencia de París una declaración de cuatro puntos que puede ser considerada como el borrador de la paz de 1973:

1-. Retirada incondicional y total de las fuerzas norteamericanas y aliadas de Vietnam del Sur.

2-. Formación de un gobierno de concordia nacional, encargado de organizar elecciones libres en toda la zona.

3-. Responsabilidad del gobierno de Estados Unidos por los daños causados al pueblo vietnamita en las dos zonas y,

4-. La reunificación de Vietnam como último objetivo.

Era una tajante respuesta, tras una rotunda -victoriosa campaña militar del GRP- al plan de vietnamización de la guerra del presidente Nixon que pretendía que los vietnamitas se matasen entre sí.

La ofensiva del GRP alcanza tan grave importancia en la primavera de 1972, que la aviación norteamericana reanuda los bombardeos sobre la RDV el 6 de abril de 1972. Medida que un mes después, el 8 de mayo, se duplicaría por otra de mayor alcance, también adoptada por la Casa Blanca e igualmente violadora de la legalidad internacional: el bloqueo de los puertos de la RDV y de sus aguas jurisdiccionales.

Y desde el 27 de enero de 1973 (cuando se firmaron los supuestos tratados de paz de París), hasta el 30 de abril de 1975, día de la rendición del gobierno títere de Saigón a las fuerzas populares, Estados Unidos introdujo en Vietnam del Sur (según datos del propio Pentágono): un millón de toneladas de municiones, dos millones de toneladas de carburante, 1,100 tanques blindados, 800 piezas de artillería, 112,000 misiles, 200 navíos de guerra y unos 700 aviones.

Además de que, disfrazados de “consejeros”, permanecieron todo ese tiempo en Vietnam del Sur unos 25,000 militares norteamericanos (que

Washington iba rotando según morían o eran heridos), a los que habría que sumar los 3,500 “militares funcionarios” que formaban parte de la embajada de Estados Unidos en Saigón.

Está claro, entonces, por qué los patriotas vietnamitas tomaron Saigón:

Primero, porque no se produjo la retirada total de las fuerzas estadounidenses instaladas en Vietnam del Sur después de la firma de los tratados de paz.

Segundo, porque no fueron desmanteladas las bases militares norteamericanas, sino que fueron entregadas al gobierno títere de Saigón.

Tercero, porque continuaron entrando toda clase de pertrechos de guerra suministrados por Estados Unidos.

Cuarto, porque Saigón no puso en libertad a los presos políticos, sino que aumentó la cifra hasta sobrepasar el cuarto de millón de encarcelados -y en consecuencia no se restablecieron las libertades democráticas.

Quinto, porque no se constituyó el tan esperado gobierno de concordia y reconciliación nacional que debería agrupar tanto a los representantes del GRP y de la Tercera Fuerza (católicos, budistas, maestros, estudiantes, y líderes sindicales), como a los de la administración de Saigón y,

Sexto, porque no se celebraron las previstas elecciones y, en una palabra, nunca se dio un paso hacia la reunificación de Vietnam.

Por todo ello, el alto mando de las fuerzas armadas populares de liberación acordó a principios de 1975 contestar a la violencia de Saigón haciendo uso de su derecho de legítima defensa.

La ofensiva militar de los revolucionarios -que culminó con la victoria definitiva el 30 de abril de 1975-, fue la única manera de dar cumplimiento a los acuerdos firmados en París en 1973.

Esta ofensiva general contra el régimen títere de Nguyen Van Thieu comenzó el 10 de marzo de 1975, cuando tropas revolucionarias apoyadas por tanques y artillería pesada quebraron las líneas de defensa de la capital provincial de Ban Me Thuot, a 260 kilómetros de Saigón.

Ban Me Thuot era el más importante centro de operaciones militares del gobierno de Saigón en la altiplanicie central.

Tri Tram, otra capital de distrito ubicada a solamente 160 kilómetros de Saigón, fue totalmente abandonada el 12 de marzo por las fuerzas estadounidenses -luego de 30 horas de violentos combates contra los guerrilleros.

Con estas dos grandes capitales, eran ya seis las capitales de distrito en poder de los ejércitos de liberación desde el acuerdo de paz de París.

El 13 de marzo, la prensa norteamericana filtró a la opinión pública un estudio conjunto realizado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y el Departamento de Estado, en el que se dijo que “las tropas insurgentes que luchan contra el gobierno de Nguyen Van Thieu se encuentran más fuertes que nunca y podrían incrementar sensiblemente su nivel de lucha en los próximos meses”.

Ese mismo día, en una larga entrevista de prensa que recogieron todas las agencias internacionales de noticias, el general William Westmoreland, ex comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas en Vietnam, dijo que Estados Unidos debía reanudar sus bombardeos contra Vietnam del Norte y minar el puerto de Haifong.

Westmoreland, ya retirado, formuló esta declaración al salir de la Casa Blanca en donde, con ocasión de una visita de cortesía, había celebrado una entrevista de 45 minutos con el presidente Gerald Ford.

“El único lenguaje que Hanoi entiende es el de la fuerza”, dijo Westmoreland ese día.

El 19 de marzo, en medio de sangrientos combates, las tropas de Nguyen Van Thieu (apoyadas por miles de soldados estadounidenses), fueron destrozadas en las provincias de Quang Tri, Kontum, Pleikú, Darlac, Phouc Long y Bin Long, que bordean las fronteras de Laos y Camboya, y tuvieron que batirse en retirada.

Van Thieu dijo el 20 de marzo, en un discurso por la radio de Saigón, que la retirada del ejército del altiplano central respondía a “una maniobra de reagrupamiento”.

Agregó en su discurso radial de ese día que el general rebelde Va Nguyen Giap era tan sólo “un tigre de papel”.

El 29 de marzo, el ejército de liberación interrumpió la última vía de comunicación terrestre entre Hue (antigua capital imperial) y el sur del país. Los guerrilleros del GRP hicieron volar un puente de gran importancia en la carretera número Uno.

En Cam Ranh, unos 270 kilómetros al noreste de Saigón, se encontraba la más importante base naval de que disponía el régimen de Thieu luego de haber perdido los enclaves de Da Nang y Nha Trang. Esa base también pasó a manos de los rebeldes.

La guerra, cada vez más cruenta, hizo que en los primeros 19 días de esta ofensiva final el ejército de Saigón perdiera la mitad de sus 565,000 efectivos, además de 26 capitales distritales -que era ya la tercera parte del territorio de Vietnam del Sur.

Para principios de abril, cuando el frente de guerra se había situado prácticamente en las afueras de Saigón, fuentes del Pentágono dijeron que las posibilidades militares de supervivencia para Vietnam del Sur eran nulas: ya que todo lo que le quedaba al régimen de Nguyen Van Thieu, eran 6 ó 7 divisiones mediocrementemente equipadas y en total estado de desmoralización.

El *Washington Post* publicó el 4 de abril de 1975 informes secretos de la inteligencia norteamericana que decían, no sin amargura, que en Vietnam del Sur no había faltado equipo militar sino mando, y que esta carencia había sido la principal responsable de la desorganizada retirada del ejército sudvietnamita de las provincias del norte del país.

“Informe tras informe, decía el *Post*, se habla de oficiales que abandonan a sus tropas o que pierden el control de ellas. Los soldados, sin dirección, se escapan en desorden, dejando a lo largo de las carreteras valiosas armas”.

“Los informes secretos de la inteligencia norteamericana rinden, por el contrario, tributo de admiración a los mandos insurgentes por su acertada dirección y su flexibilidad en el campo de batalla”, agregaba el *Post*.

“Las fuerzas armadas de liberación dieron muerte, capturaron o pusieron en fuga a 270,000 soldados del gobierno de Saigón desde comienzos de marzo”, anunció el 7 de abril en Hanoi la agencia de noticias *Liberación*, del Gobierno Revolucionario Provisional.

Según los despachos de la agencia, reproducidos ese día en las primeras planas de los diarios de Vietnam del Norte, las tropas aniquiladas en un mes de operaciones al sur del Paralelo 17, eran: cinco divisiones de infantería, otra de “marines”, una brigada de paracaidista estadounidenses, 21 regimientos de “rangers”, 19 secciones de blindados, 50 batallones, 9 compañías, y 70 secciones norteamericanas de artillería terrestre antiaérea.

Liberación recordaba que las tropas del GRP ya habían liberado cinco grandes ciudades (Hue, Da Nang, Nhon, Nha Trang, y Da Lat) y 26 provincias de Vietnam del Sur.

“Diez millones y medio de compatriotas residen en las zonas liberadas que se extienden del Paralelo 17 a la punta del Camau, al sur de Saigón”, agregaba la agencia.

El 8 de abril, a las siete de la mañana, un solitario avión de las fuerzas regulares de la aviación de Saigón bombardeó “sorpresivamente” el palacio residencial del presidente Nguyen Van Thieu. Y aunque los proyectiles no dieron en el objetivo, la onda expansiva de los estallidos destruyó una plataforma de aterrizaje de helicópteros en la azotea del palacio.

Dos horas más tarde Thieu anunció por radio que había salido ileso del ataque y recalcó, con ira en la voz, que él seguiría guiando al país.

Durante el breve discurso de tres minutos, Thieu atribuyó la responsabilidad del bombardeo “a un grupo de personas que ya tenemos identificadas y que hablaron públicamente en estos días, durante fiestas en palacio, de derrocar al régimen legal mediante un golpe de Estado”.

“Pero este grupo, enfatizó Thieu, no tiene el apoyo de la población ni del ejército”.

A pesar de la aparente seguridad del dictador, los guerrilleros del GRP iniciaron la mañana del 9 de abril un violento ataque contra la base aérea de Bien Hoa, 22 kilómetros al norte de Saigón.

Y ese mismo día, 60 kilómetros al este de Saigón, la artillería del GRP bombardeó con más de 2,000 obuses, cohetes y otros proyectiles, la ciudad de Xuan Loc y las instalaciones militares de la 19 división de infantería sudvietnamita, protegida por regimientos de “marines” estadounidenses.

Los 5,400 hombres de la sexta división de infantería de las fuerzas del GRP rompieron las defensas y entraron en Xuan Loc, en donde se combatió durante más de una semana, calle por calle.

La caída definitiva de Xuan Loc en manos de los insurgentes se produjo el 21 de abril.

El objetivo del rápido avance insurgente era apoderarse del gran complejo militar construido por los norteamericanos en Bien Hoa y en Long Binh, para después atacar la capital.

Bien Hoa, 22 kilómetros al noreste de Saigón, era donde se encontraba la mayor parte del poderío aéreo sudvietnamita, Y Long Binh era el centro logístico desde donde se distribuía material bélico norteamericano a las unidades que luchaban para defender la última tercera parte del país que seguía bajo control de Saigón.

La lucha en torno a Xuan Loc fue considerada por los estrategas de Thieu como la primera prueba de importancia para las tropas del gobierno en las provincias que rodeaban Saigón luego de las humillantes derrotas sufridas en el norte y centro del país.

El comandante de la provincia de Xuan Loc comunicó a Saigón la noche del 9 de abril que más de 12,000 civiles habían abandonado la ciudad para internarse, con banderas blancas, entre las líneas de los insurgentes.

Las fuerzas armadas de liberación lograron rechazar los refuerzos enviados hasta ese momento (unos 8,000 “marines”), que llegaron con órdenes de recuperar la carretera número Uno: uno de los objetivos de la batalla, ya que esa vía era el enlace de Xuan Loc con Saigón.

Con el triunfo de los rebeldes en Xuan Loc, Saigón estaba ya en peligro de quedar aislada al haber sido cortada también la carretera número Cuatro, su principal ruta terrestre de abastecimiento de arroz del Mekon.

El 21 de abril, apenas unas horas después de que las tropas insurgentes tomaran definitivamente la capital provincial de Xuan Loc, y de que los gubernamentales hubieran replegado sus líneas de defensa a sólo 42 kilómetros de Saigón, Nguyen Van Thieu renunció a su cargo y designó a Tran Van Huong como nuevo presidente.

El Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur (FNL) dijo en la ocasión que la partida de Thieu era “simplemente armar un régimen de Thieu, sin Thieu: un gobierno compuesto por hombres de Thieu, escogidos por él”.

Al renunciar, Thieu habló de las garantías de apoyo que le había dado Estados Unidos al firmar el acuerdo de paz en París y acusó a la superpotencia de haber faltado a su palabra.

Esa misma noche, Gerald Ford, en una entrevista con la cadena de televisión CBS habló a la nación norteamericana acerca de los compromisos que Estados Unidos había adquirido con Vietnam del Sur:

“Hubo algunos compromisos privados (Nixon) y públicos hechos en 1972 y 1973, pero creo que el ex presidente de Vietnam del Sur podría haber sacado

algunas conclusiones, como lo hizo, acerca del fracaso de Estados Unidos en cumplir sus obligaciones”.

Aquel mismo día se supo con toda certeza, desde la cercada Saigón, que los insurgentes tenían 15 divisiones (unos 150,000 hombres) listos para lanzarse sobre la capital, en tanto que los rotos ejércitos gubernamentales (apoyados por “marines”) tenían apenas unos 5,000 soldados regulares para defender Saigón.

De ahí que la primera gestión dirigida a los insurgentes desde la renuncia de Thieu fuera la propuesta (36 horas después) de un cese al fuego inmediato, y negociaciones para un arreglo pacífico.

Un comunicado de la Cancillería de Saigón, hecho público la mañana del 23 de abril, señalaba que las conversaciones de paz se realizarían sobre la base de los acuerdos de París del 27 de enero de 1973, y que el GRP pasaría a formar parte de una coalición preparatoria de elecciones nacionales.

La respuesta del GRP al llamado de paz, fue reiterar sus condiciones: retirada total de los buques de guerra norteamericanos que se encontraban en las costas sureñas de Vietnam, la retirada inmediata de los miles de militares estadounidenses, y el reemplazo del régimen que gobernaba Saigón por uno que buscara la paz y la independencia nacional.

Lo anterior lo dijo el GRP al tiempo que su artillería provocaba el cierre parcial de la base aérea de Bien Hoa.

La mayor base aérea del régimen, Bien Hoa, que albergaba un 75 por ciento de los aviones del Sur y la mayoría de sus cazabombarderos, fue atacada con cañones de 130 milímetros. El fuego dañó una de las dos pistas centrales de la base.

Otra respuesta del GRP a esa petición de cese al fuego que le hizo el Sur fue el ataque a Ben Luc, 25 kilómetros al suroeste de Saigón y sede de la Vigésima Segunda división de la infantería sureña.

Y es sobre este panorama que Gerald Ford declaró el 23 de abril, frente a los estudiantes de la Universidad de Tulane, de Nueva Orleans, que para Estados Unidos la guerra de Vietnam había terminado.

El jefe de la Casa Blanca admitió así la inminente y próxima caída de Saigón -y la pérdida de Vietnam-, en un discurso destinado a restablecer la confianza de la opinión pública en la capacidad de Estados Unidos.

“Estados Unidos puede reencontrar hoy el orgullo que poseía antes de Vietnam, pero no lo reencontrará volviendo a hacer una guerra que está terminada, por lo menos en lo que concierne a los norteamericanos”.

Al día siguiente, un portavoz del Pentágono informó que más de 40 naves de guerra norteamericanas y seis mil infantes de marina se encontraban frente a las costas de Vietnam del Sur para proteger las operaciones de evacuación de ciudadanos norteamericanos y sudvietnamitas que habían estado ligados a la administración títere de Saigón.

Los navíos incluían 5 portaaviones, 15 destructores y 19 barcos anfibios, aparte de los 12 buques de carga, con bandera extranjera, contratados por el Pentágono para que estuvieran disponibles en los operativos de evacuación.

El 25 de abril, el Departamento de Estado norteamericano anunció en Washington que estaban “rescatando de la ola comunista” a cinco mil personas diarias de Vietnam del Sur.

El 27 de abril, una semana después de la renuncia de Thieu, su sucesor, Tran Van Huong, dejó también el cargo de presidente y puso la jefatura del Estado en manos del neutralista Duong Van Minh.

Aunque el Pentágono anunció que la llegada y el despegue de los grandes aviones de transporte se había efectuado “sin apoyo militar porque se realiza fuera del alcance del fuego enemigo”, los observadores calcularon en 38,000 hombres el total de efectivos militares norteamericanos que protegieron, en su fase final, las operaciones para evacuar a los últimos 2,000 ciudadanos estadounidenses -y a los 130,000 sudvietnamitas que huyeron del país luego de trasladar sus cuentas bancarias a Estados Unidos.

Como resultado de los fuertes ataques de artillería pesada sobre las bases de Bien Hoa y Long Binh, el gobierno de Saigón hubo de trasladar todos los aviones en condiciones de volar, incluyendo helicópteros y bombarderos pesados, hasta la base aérea de Tan Son Nhat, que era también el aeropuerto de Saigón.

El 28 de abril Estados Unidos cerró las oficinas de su Agregado Militar, instaladas en el gran complejo arquitectónico de Saigón conocido como el “Pentágono del Este”, desde donde las autoridades militares estadounidenses asesoraron y dirigieron durante 25 años las actividades militares de Vietnam del Sur.

Ese mismo 28 de abril fue el día en que pilotos insurgentes tripulando cazabombarderos de fabricación norteamericana, capturados a las fuerzas sudvietnamitas, realizaron un ataque sin precedentes contra la base aérea de Tan Son Nhat (aeropuerto de Saigón) destruyendo 17 aviones y sembrando el pánico durante una hora en la tensa capital.

El sorprendente bombardeo aéreo culminaba un día de continuos avances de las tropas del GRP que habían llegado a cinco kilómetros del centro de Saigón y habían cercado ya las bases de Bien Hoa y Long Binh.

Finalmente, el miércoles 30 de abril de 1975, el gobierno de Saigón se rindió al Gobierno Revolucionario Provisional, poniendo así fin a 30 años de cruentas guerras.

La rendición fue anunciada por el presidente Duong Van Minh en un mensaje radial de un minuto.

Minh dijo: “Pido respetuosamente a todos los soldados que cesen de disparar y permanezcan donde están. Estamos aquí, en calma, esperando al Gobierno Revolucionario Provisional para cederle la autoridad y detener así infructuosos baños de sangre”.

En esa misma transmisión, Minh ordenó a todos los comandantes “estar dispuestos a entrar en vinculación con los comandantes del Gobierno Revolucionario Provisional para cumplir el cese al fuego sin baños de sangre”.

OLVIDAR LA GUERRA

Cuando llegué a Ciudad Ho Chi Minh en 1988, nadie quería hablar de la guerra, pero ésta se hacía presente inevitablemente a cada paso. Justo en las inmediaciones de la ciudad, en la zona noroeste, existe una red de túneles de más de 200 kilómetros de largo, que fue construida y utilizada por la guerrilla del Vietcong.

–Muchos soldados estadounidenses fueron asesinados en las bocas de esos túneles por sus propios comandantes, quienes inútilmente trataban de obligarlos a descender a las galerías, a punta de pistola, para que *limpiaran* todo aquello de comunistas –me aseguró Don Mills, durante otra noche de cervezas en la terraza del Rex.

Me dijo que los soldados estadounidenses tenían pavor cuando se encontraban una boca de túnel porque sabían que tendrían que descender y, allá adentro, no sabían con qué se iban a encontrar.

Los túneles tenían, además, varios niveles. Así que era casi imposible encontrar las ramificaciones adecuadas para ir en persecución de los guerrilleros. Y a pesar de que los estadounidenses destruyeron buena parte de esa red de comunicaciones subterráneas, nunca pudieron agotarla porque cada noche, cientos de brigadistas del Vietcong se enterraban bajo el piso con sus palas para cavar más kilómetros de redes subterráneas.

Aunque nadie quería hablar de la guerra, ésta se veía por todas partes. De manera especial en el Museo de la Guerra, ubicado en el centro de Ciudad Ho Chi Minh, donde pude observar, con lujo de detalles, las atrocidades que cometieron los soldados estadounidenses.

Hay en el museo, que podría llamarse De los Horrores, fotografías de *marines* -riéndose felices y bebiendo latas de cerveza- que levantan en una mano, tomadas de las cabelleras, varias cabezas cercenadas de guerrilleros del Vietcong, como si se tratara de trofeos de caza mayor.

Hay fotografías de soldados del Vietcong, con ojos horrorizados, mientras son mutilados, vivos, a sangre fría, en medio de las sonrisas de los *marines*.

Y hay una fotografía que me llamó la atención sobre todas las demás: la de un soldado *yanqui* que está de pie, erguido, con el rostro sonriente y muy ufano, parado en medio de 30 cabezas cercenadas de guerrilleros del Vietcong puestas en el suelo a manera de semicírculo. El militar, de unos 25 años, tiene un pie puesto encima de otra cabeza y sostiene una más en la mano derecha, tomándola de la cabellera, mientras con su brazo izquierdo levanta en alto su rifle AR-15.

Junto al recuerdo amargo, se percibe también en este pueblo el gran esfuerzo de reconstrucción y el enorme deseo de vivir de manera pacífica y productiva.

“Aquí en Vietnam nadie quiere hablar de la guerra con Estados Unidos porque miramos al futuro”, me dijo Lai Van Thien, chofer del camión de pasajeros en el que viajé (con más gallinas que humanos) a Da Lat, un frío poblado montañoso a donde fui a hacer una entrevista que se frustró al final, y a donde regresé una semana después -con más éxito-, para hacer otras entrevistas.

El esfuerzo de reconstrucción es enorme. La destrucción feroz a que fue sometida esta nación por los intensos bombardeos que ordenó Nixon antes de firmar el simulacro de paz, ya casi no puede apreciarse. Los vietnamitas han trabajado intensamente para borrar esas huellas de tragedia, de muerte y de horror.

Durante las siete horas de camino que hice en el autobús para llegar a Da Lat a entrevistar a un viejo comandante del Vietcong del que me habían hablado, famoso porque había perdido a sus siete hijos en la guerra, sólo conté tres puentes destruidos.

En las estructuras se ven aún los impactos de los cohetes de los cazabombarderos estadounidenses. Y lo que queda en pie son hierros quemados y retorcidos. En los tres casos, un puente flamante ha sido construido justo al lado.

Al final, el viejo, de ojos secos, se negó a darme una entrevista y me hizo salir de su casa con ademanes serenos, pero enérgicos.

—Nadie tiene derecho a subyugar a nadie —me dijo—. Y nadie tiene derecho a dejarse subyugar.

De regreso, al ver otra vez los puentes, pensé que quizás los escombros quedaron ahí un poco a propósito: para recordarle a un pueblo el precio de la dignidad.

La reconstrucción del país puede observarse en el paisaje carretero: hay inmensas plantaciones de arroz, té, piña, naranja, plátano, coco y café. La tierra es colorada y en la lejanía se recortan las gigantescas selvas de bambú, con varas tan altas que parecen acariciar las nubes. El hermoso paisaje, reconstruido día con día -con mucho esfuerzo-, desde el año de 1975, no me permitía imaginar, en ese 1988, que hacía apenas 13 años cientos de miles de hombres, mujeres y niños morían, en esa zona, a causa de los impactos de las balas y las bombas lanzadas por la aviación de Estados Unidos.

La visión de las familias vietnamitas trabajando sus tierras de cultivo no me permitía imaginar los cientos de miles de cadáveres que quedaron esparcidos en esa zona luego de los enfrentamientos entre los guerrilleros del Vietcong y las fuerzas estadounidenses (oficialmente, el gobierno de Hanoi ha dicho que la guerra con Francia y con Estados Unidos le costó al país tres millones de vidas, entre soldados y civiles).

Tampoco podía imaginar, viendo esos paisajes, los gritos de dolor de los cientos de niños que quedaban mutilados por los constantes e intensos bombardeos. Y la verdad es que los propios vietnamitas se propusieron borrar las cicatrices de la guerra.

Aunque al principio, luego de “la liberación” de 1975, no era fácil pensar todavía en la paz en ese país.

Después de la victoria del 30 de abril de 1975, los montañeses, una minoría étnica de Vietnam, permanecieron pertrechados en la sierra con armamento de los dos bandos y se dedicaron a asaltar y a asesinar a los viajeros que transitaban por las carreteras y caminos de la montaña. Estos grupos de bandoleros se autodenominaban Front Unité de Liberation des Races Oprimés (FULRO) y al gobierno de Hanoi le tomó más de siete años erradicarlos. Muchos militantes de los grupos FULRO murieron en enfrentamientos con el ejército, otros fueron hechos prisioneros y actualmente purgan sus condenas, y otros fueron *reeducados* y se reintegraron a la sociedad civil.

Hay quien dice, aunque no existen documentos para probarlo, que estos grupos FULRO estuvieron infiltrados por la CIA con objeto de desestabilizar al gobierno de Hanoi.

(Si uno piensa en la Contra nicaragüense, apoyada directamente por la Casa Blanca para desestabilizar al gobierno Sandinista, se puede casi asegurar que la CIA ayudó a los grupos FULRO.)

En Vietnam, la gente trabaja desde antes del amanecer.

Cientos de familias que construyeron sus casitas de bambú a la orilla de la carretera (con piso de tierra y un altar para los antepasados en medio de la habitación principal), se dedican desde antes de la salida del sol a esparcir sobre la cinta asfáltica los granos que cultivan en sus tierras para que sequen más pronto y poder así comerciar con ellos o hacer trueques con otras familias de los alrededores.

Al lado de la carretera ponen a secar café, maíz, arroz, lenteja y trigo, y cuando el grano está seco y un poco tostado por el sol tropical, lo barren con unas escobetillas de bambú y hacen montones -siempre el trabajo se hace sobre el asfalto de la carretera- que luego pasan por un cedazo y guardan después en sacos de manta. En esta labor interviene toda la familia, aunque los niños de cuatro y cinco años se dedican, más bien, a deshacer lo que sus mayores han hecho con tanta dedicación, pero no por ello son excluidos del trabajo. “Es una manera de acercarlos a las obligaciones familiares”, me explicó Lai Van Thien, el conductor del camión. Cuando la zona es lacustre, se ven cientos de lanchitas, con una pagoda en miniatura sobre la cubierta. Los hombres pescan con grandes redes. Así que todo en Vietnam es trabajo, trabajo y más trabajo.

En Ciudad Ho Chi Minh se pueden ver algunos mutilados de guerra, pero la mayoría de ellos no se pasean por el centro de la ciudad, así que para toparse con ellos hay que meterse por entre los vericuetos de un mercado oscuro y sucio de las afueras de la ex capital Saigón.

En ese mercado, conocido como el Gran Mercado Negro, se podían comprar en 1988 televisores japoneses, cervezas holandesas, revistas pornográficas inglesas, latas españolas de aceitunas, condones tailandeses,

cámaras fotográficas alemanas, zapatos italianos y *jeans* estadounidenses, además de opio y heroína.

Y era en ese mercado negro en donde uno podía ver a cientos de mutilados de guerra. Algunos iban por ahí sonrientes, muy quitados de la pena, sin piernas o brazos, con prótesis de madera, de plástico o de hierro. Otros, con muletas, discutían el precio de algún artículo. Y otros más se ayudaban como podían para sentarse en la acera a consumir frituras. No hay cifras oficiales en relación al número de mutilados, o por lo menos, no al alcance de un periodista occidental.

En ese año, para que un vietnamita comprara una videocasetera en el mercado negro, por alrededor de 200 dólares, tenía que invertir aproximadamente cuatro años de su sueldo íntegro.

Lo mismo sucedía con las bicimotos: los que tenían una, era porque tenían a algún familiar trabajando en el extranjero, que era quien les manda los dólares necesarios para comprarla.

Una bicimoto Honda de 50cc, costaba en 1988 en Vietnam 800 dólares y el sueldo promedio era de cinco dólares al mes, para aquellos que tenían trabajo.

Sólo que a pesar de las dificultades, y sufriendo incluso el bloqueo económico de Washington, los vietnamitas se habían propuesto olvidar la guerra.

BUROCRATISMO, EL NUEVO ENEMIGO

En 1988 había en el país una inflación anual de 500 por ciento, salarios tan bajos que en promedio no rebasaban el equivalente a cinco dólares al mes, un brutal fracaso en las granjas colectivas (que forzó al gobierno a recurrir a la importación de granos básicos), y un desempleo del 30 por ciento de la población con capacidad de trabajar.

El grave deterioro de la economía era el resultado de tres causas principales: (a) las secuelas de la guerra, entre las cuales sobresale la reducción en la capacidad de rendimiento de la tierra cultivable gracias al agente naranja; (b) el bloqueo económico de Estados Unidos, y (c) el creciente burocratismo en las filas del Partido Comunista de Vietnam.

Mientras todos estos problemas económicos dificultaban el ansiado desarrollo, el vietnamita de la calle se preguntaba angustiado cómo era posible que un pueblo valiente que luchó durante 40 años para sacudirse al imperialismo francés y al estadounidense, no hubiera podido encontrar todavía la solución a tales dificultades.

No obstante, y a pesar de la angustia, nada logró atenuar jamás el esfuerzo de ese pueblo. Los vietnamitas han trabajado duro siempre y saben que al final su empeño reditúa en progreso. Y desde el principio supieron que lograrían hacer realidad el sueño de su líder Ho Chi Minh: "Un Vietnam unido, con el Norte y el Sur trabajando por una misma causa".

En 1986, Nguyen Van Linh fue nombrado secretario general del Partido Comunista de Vietnam y comenzó una reforma administrativa tendiente a reprivatizar algunos renglones de la economía para implantar un modelo de economía mixta y conseguir que la iniciativa privada recibiera estímulos para invertir y crear fuentes de trabajo, pero muchos funcionarios de alto nivel del PCV se opusieron al cambio.

–La inmovilidad de la burocracia del PCV es un hueso duro de roer –me dijo Vu Tuat Viet, director del diario *Saigón Giai Pong*–. Y la razón principal de la resistencia a este cambio, es que las medidas administrativas de reprivatización van acompañadas de la reducción del gasto gubernamental, y esto toca muchos intereses.

–¿Tratan sobre el burocratismo en su diario?

–Por supuesto... hay que vencerlo.

–¿Tiene el diario muchos lectores?

–Tiramos cada mañana 150,000 ejemplares en lengua vietnamita y 35,000 en chino, para el medio millón de chinos comerciantes que viven en Ciudad Ho Chi Minh.

–¿Cómo ve la gestión del secretario general del PCV?

–Al tomar las riendas del partido, además de reprivatizar algunos renglones de la economía redujo en un 20 por ciento el número de los empleados gubernamentales. Esto provocó la reacción inmediata de Le Duc Tho, un viejo militante del PCV –quien firmó en 1973 los acuerdos de paz en París con Kissinger–, un hombre de línea dura... inflexible.

–¿Se opuso?

–Le Duc Tho dijo que “mucha libertad económica puede debilitar los controles del partido”.

En 1990, a los 78 años, murió Le Duc Tho. La prensa nacional e internacional dijo que el legendario dirigente comunista de Vietnam, el recio líder que elaboró el acuerdo que puso fin a la guerra de Vietnam y se negó a compartir el Premio Nobel de la Paz con el ex secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, “fue un estratega clave de la victoria comunista”.

–A pesar de la oposición –me explicó Vu Tuat Viet–, Linh pudo implantar otras reformas, como la devolución de la tierra a sus dueños originales. Con eso planteó la posibilidad de terminar con las granjas cooperativas que no funcionaron como se esperaba.

–¿Ya está funcionando?

–Estamos en empeñados en eso. Linh quiere que los campesinos cosechen de manera individual y comercialicen sus productos en un mercado menos controlado y más determinado por la oferta y la demanda. El mal resultado de las granjas colectivas se vio reflejado en la necesidad del país de importar granos básicos como arroz, trigo, maíz y frijol de soya.

Al preguntarle la razón de que el arroz, el alimento básico del país, estuviera racionado en ese año de 1988, me explicó que un tercio de las tierras

cultivables del país permanecían incultas debido a la carencia de fertilizantes, a la falta de mecanización y a los efectos a largo plazo de la guerra, como el defoliante que arrojaron los aviones de Estados Unidos.

–Recuerde usted que la inflación, con niveles de hasta 500 por ciento anual, es otro fenómeno que Linh y sus colaboradores no han podido controlar. Y tampoco el burocratismo galopante.

Admitió también que el costo de mantener a un ejército de 110,000 hombres en Camboya había drenado la economía del país.

–Además, claro, del bloqueo económico dictado por Washington.

(El conflicto de Vietnam y Camboya se inició cuando en 1978 Hanoi firmó un tratado de amistad con la URSS e invadió aquel país para sacar del poder al Kmer Rojo, acusado de haber asesinado a más de un millón de camboyanos durante su mandato de cuatro años. El Kmer Rojo expulsó del gobierno al príncipe Norodom Sihanuk en 1975, con el apoyo de China. En 1979, tras la invasión de Camboya por tropas vietnamitas, estalló un conflicto entre China y Vietnam. Diez años después, en 1989, las tropas vietnamitas se retiraron totalmente de Camboya y en 1991 se normalizaron las relaciones con China.)

A pesar de que en 1988 la ley de inversiones extranjeras de Linh ya había entrado en vigor, ni los japoneses ni los países occidentales habían querido hacer negocios de ninguna índole mientras persistiera la guerra con Camboya.

En 1988, hablando con todo tipo de gente en la ex capital Saigón, en lugares públicos como bibliotecas, templos, cementerios y museos; así como en bares, oficinas de turismo, restaurantes, autobuses, hoteles y parques, comprobé que para muchos hombres y mujeres aún se trataba de dos países: el Norte y el Sur.

En ese tiempo, en lo que había sido Vietnam del Sur, percibí la nostalgia que se respira en las novelas de William Faulkner, donde los sureños no acaban nunca de reponerse de la derrota que les infligió el Norte.

Muchos pensaban en el Sur que los recursos económicos del país habían sido mal utilizados por el gobierno de Hanoi y que la economía había sido mal administrada.

Linh, desde el momento en que asumió el liderazgo, había tratado de combatir la corrupción y ya para 1988 había *purgado* a un 10 por ciento de los cerca de dos millones de miembros del partido, bajo cargos de corrupción o ineficiencia.

En ese año, un empleado de banco ganaba 4.50 dólares al mes. Y quienes tenían un empleo se consideraban afortunados. El desempleo alcanzaba hasta el 30 por ciento en algunas regiones.

–Vietnam es un país que le ha interesado siempre a todo el mundo –me dijo Vu Tuat Viet en su oficina del periódico *Saigón*–. Y nosotros agradecemos esas muestras de afecto. García Márquez apoyó siempre nuestra guerra contra Estados Unidos. Cuando estuvo aquí en 1983, para asistir a un congreso de

escritores, fue prácticamente vitoreado por el pueblo. *Cien años de soledad* se lee mucho por acá, y nos identificamos con esa obra porque habla ahí de una nación que sufrió también muchas guerras.

Vu Tuat Viet es un periodista bien informado, que conoce la historia y la cultura de América Latina.

–Nosotros vemos con mucha simpatía que el mexicano Carlos Fuentes y el estadounidense William Styron apoyen al gobierno de Nicaragua de Daniel Ortega en su lucha contra el injusto bloqueo económico dictado por la Casa Blanca y que denuncien a la Contra somocista.

En relación a la retirada total del ejército vietnamita de Camboya, cuando ni él ni yo sabíamos, ni nadie, que faltaba un año para que se diera, me dijo:

–Todos en Vietnam queremos cambiar nuestro punto de vista y pensar ya no en la guerra, sino en la paz, para poder desarrollarnos con sosiego y en armonía... a pesar de que somos un pueblo de guerreros invencibles, amamos la paz como el bien máspreciado que puede tener una nación. Nosotros, que hemos vivido tantos años envueltos en la guerra, somos un pueblo amante de la paz. La valoramos en todo lo que vale, y queremos para nuestros niños tiempos mejores.

Luego de la entrevista, Vu Tuat Viet me ofreció mandarinas y tomamos té de jazmín y fumamos tabaco oscuro del país.

Al salir de su oficina, le estreché la mano y le comuniqué el orgullo que sentía por haber entrado en contacto con un pueblo tan aguerrido, tan noble y tan digno.

EL CINE

Da Lat es un pueblo de flores, niebla, historias legendarias y mujeres sumamente hermosas. Está en las montañas, 400 kilómetros al noreste de Ciudad Ho Chi Minh, y solía ser, durante la época de la colonia francesa, un lugar de descanso para los oficiales y los altos mandos del ejército galo. La mayoría de las casas son grandes villas, de estilo francés, con soberbios jardines de flores.

La pequeña aldea de Da Lat está enclavada, a mil 500 metros sobre el nivel del mar, en la cadena montañosa de Truong Son y tiene, a sus pies, un hermoso valle que los vietnamitas llaman todavía en francés: “vallée d’amour”.

Después del triunfo militar, se hizo costumbre que las jóvenes parejas de vietnamitas que contraen matrimonio vayan a pasar su luna de miel ahí, porque es el lugar más fresco del país con una temperatura aproximada de 16 grados centígrados todo el año.

Muchas de las casonas de los franceses fueron acondicionadas por el gobierno como pequeños hoteles para los recién casados.

Es imposible creer que durante la guerra (contra Francia y luego contra Estados Unidos) hayan muerto tres millones de vietnamitas (entre civiles y militares), porque en Da Lat, en 1988 y ante mis ojos, los vietnamitas hacían turismo, quitados de la pena. Vi parejas de recién casados por doquier,

tomados de la mano, caminando entre los bosques de pinos, escuchando sus *walkman* japoneses, deteniéndose de vez en cuando para darse un prolongado beso. Otras parejas iban a admirar las muchísimas cascadas que hay en los alrededores y otras, todavía, alquilaban lanchas para pasear por el lago que está a la mitad del pueblo y que se llama Lago Xuan Huong, en honor de una famosa poetisa vietnamita del Siglo XIX.

En el horizonte de Da Lat se recorta la silueta de dos montañas llamadas Lang Biang y que, cuenta la leyenda, alguna vez fueron dos enamorados que no pudieran consumar su amor por rencillas familiares. La muchacha murió de amor y el joven se apostó a su lado para cuidarla. Durante muchos años permanecieron así: la muchacha muerta y el joven custodiándola. Con el correr de los siglos se transformaron en estas dos hermosas montañas que coronan el pueblo y que cuidan a las nuevas parejas de enamorados, trayéndoles buena fortuna.

Y fue aquí: entre pinos, cascadas, lagos, jardines multicolores y una niebla muy cercana a la londinense, en donde vine a encontrar a Miguel Rico, el director mexicano de cine.

Rico viajaba acompañado de Brian Mills, un escritor inglés, de Harold Monfils, un fotógrafo holandés, de Le Hoang Hoa, uno de los directores de cine más famosos de Vietnam (con cerca de 40 películas en su haber, y a quien todos llaman “Joe”), de Nguyen Kim Paul, un respetado productor de cine de Ciudad Ho Chi Minh, y de la señorita Lan Hinh, de la oficina de Turismo de Vietnam.

Inútilmente viajé a la playa de Vung Tau porque ya Miguel y su grupo habían partido hacia Da Lat. Muchos se acordaban de ellos, pero Rico no era el personaje principal del grupo, ni sus amigos el fotógrafo holandés y el escritor inglés sino, “Joe”, el director vietnamita de cine más conocido en todo el país.

–Joe se fue a las montañas con unos extranjeros –me dijo el administrador del hotel Thien Thai, de Vung Tau–. Son gente de cine.

En Da Lat me fue fácil encontrar al grupo. Sólo tuve que preguntar por “Joe”. Inmediatamente me refirieron al hotel Palace, un antiguo hotel francés que seguía pareciendo hotel francés, con la salvedad de que las señoritas que trabajaban ahí eran, sobradamente, mucho más hermosas que cualquier mujer francesa.

Miguel Rico y sus amigos estaban bebiendo en el bar del hotel, alegremente, de una botella de tequila. “Joe” (de 55 años de edad, aunque parecía, como todo el mundo en Vietnam, 20 años más joven), me confesó después que no él no bebe, pero en ese momento (en el momento de los abrazos, las sorpresas y las presentaciones) estaba achispado y parlanchín debido a los tres vasitos de tequila que se había bebido.

–Te he venido siguiendo desde la playa –le dije a “Joe”.

Sorprendido, me pidió una explicación.

–Eres muy famoso –le dije.

Complacido con la respuesta brindó conmigo.

Miguel Rico, asombrado de que nos hubiéramos encontrado 20 años después, en Vietnam, me invitó a unirme al grupo para viajar juntos por el país. Acepté.

En la mesa, tomándome un vasito de tequila, comenté una manifestación de campesinos que había visto en una plaza central de Ciudad Ho Chi Minh, hacia apenas una semana. Los campesinos demandaban la posesión de sus tierras.

Inmediatamente, la señorita Lan Hinh, de la oficina de Turismo de Vietnam (perteneciente al *Partido*), me dio una explicación *oficial*.

—La tierra es muy importante para ellos. El gobierno la está devolviendo. Esa es la nueva política de Hanoi, pero los comisarios locales (del Sur) no han sabido implementar las nuevas medidas —me dijo muy seria.

Nadie pareció interesarse en su respuesta. La señorita Lan Hinh la había hecho parecer como un adoctrinamiento.

—Ahora pueden —agregó—, volver a ser propietarios de su tierra, y pueden cultivarla de manera particular. Claro que deben venderle al gobierno un 70 por ciento de su producto, pero el otro 30 por ciento lo pueden comercializar en forma particular. Vietnam está entrando en una etapa nueva de economía “mixta”.

“Joe” dijo que olvidáramos la *maldita* política y nos invitó a hablar de cine.

La señorita Hinh, muy seria, hizo a un lado la sugerencia de “Joe” y continuó dándome explicaciones. Parecía estar preocupada de que un periodista hubiera presenciado una manifestación en contra de su gobierno.

—Los campesinos vietnamitas nacen, crecen y mueren en su propia tierra. Por eso prefieren sus panteones particulares y no los cementerios de la ciudad. La tierra es muy importante para ellos. Y esa es la razón de que el gobierno decidiera regresárselas. Las granjas cooperativas no funcionaron del todo bien. Por lo menos en Vietnam del Sur.

Satisfecha, la señorita Lan Hinh se puso de pie y se despidió de nosotros. Nos citó a las siete y media de la noche para la cena.

Enseguida le pregunté a “Joe” (quien durante el régimen de Thieu salió mucho a filmar a Estados Unidos y a Francia), su opinión sobre el nuevo gobierno.

Suspiró, le dio un sorbo a su vasito de tequila (Miguel Rico había llevado desde México varios litros para regalar), y me dijo muy serio:

—Hay vietnamitas aquí en el Sur que piensan que perdieron la guerra.

Y luego, para cambiar el tema de la conversación, nos prometió, de regreso a Saigón (así llamaba él todavía a Ciudad Ho Chi Minh), proyectarnos una película suya sobre los bombardeos estadounidenses.

Harold, el fotógrafo holandés, arrugó su cajetilla vacía de cigarrillos Dunhill y la arrojó sobre la mesa. “Joe”, como sin darle importancia, tomó la cajetilla, la desarrugó (siempre hablando de cine), sacó de su interior el papel de aluminio dorado, lo planchó suavemente sobre sus rodillas y comenzó a

cortarlo en pequeñas tiras de distintos tamaños. Al principio estuvimos atentos, pero luego nos olvidamos de lo que “Joe” hacía con el papel de aluminio y continuamos hablando de cine y bebiendo tequila.

De pronto, a media conversación, “Joe” nos mostró una hermosa rosa de papel dorado (con pétalos, tallo y hojas que salían del tallo) y nos dijo:

–La señorita Lan Hinh se retiró de la mesa preocupada por lo que nuestro amigo periodista vio en Saigón, pero al encontrarla esta noche para cenar, le ofreceré esta rosa a nombre de todos.

Me sorprendió el arte de “Joe” para hacer figuras de papel. Se lo dije.

–Es un viejo arte japonés, se llama *origami*—me dijo con sencillez.

Y enseguida agregó:

–Los vietnamitas sabemos utilizar todo lo que le sobra a los demás, o lo que los demás tiran. Somos muy pobres, pero tenemos una gran sensibilidad y somos, además, muy trabajadores. Tenemos que trabajar mucho porque somos muy pobres.

Luego de la cena, “Joe” me invitó a la terraza del hotel. Ahí estuvimos conversando largamente mientras tomábamos té, comíamos mandarinas, y fumábamos tabaco oscuro del país.

Esa noche, “Joe” me habló de la *nostalgia* por la vida que llevó hasta antes del 30 de abril de 1975.

–Yo viajaba mucho a Los Angeles, allí fue donde me apodaron “Joe”, y viajaba también a Europa, a Francia, sobre todo... aunque en esos años dorados míos, muchos de mis compatriotas eran muy pobres y no podían salir del país. Luego del triunfo de la revolución, esos mismos compatriotas míos siguen siendo muy pobres y no pueden salir del país, pero ahora yo tampoco puedo viajar al extranjero—dijo “Joe” mientras pelaba una mandarina.

–Sé muy bien que estoy hablando con egoísmo—continuó mientras me pasaba unos gajos de mandarina—. No debería ser. Pero realmente extraño la vida que tenía antes. Quiero aclararte, de todas maneras, que yo pude haber dejado mi patria en 1975. Tenía, tengo todavía y aún puedo irme, muchos amigos en Estados Unidos y en Francia. Pero quise quedarme. Realmente Ho Chi Minh me convenció. Nunca lo conocí en persona, pero leía sus discursos y sus libros. El Tío Ho fue un gran hombre. Luchó y murió por unificar la patria y por conseguir mejores condiciones de vida para cada vietnamita, sobre todo para los niños vietnamitas, que son la esperanza de nuestro país.

Yo estaba sorprendido con su confesión. Ingenuamente había creído, antes de viajar a ese país, que “todos” los vietnamitas estarían satisfechos con su triunfo. Jamás me puse a pensar en los hombres y las mujeres que con el régimen anterior habían tenido una vida más placentera. No sabía qué decir, así que encendí un cigarrillo de tabaco oscuro que “Joe” me ofreció y recargué los hombros en el respaldo de mi silla.

“Joe” continuó hablando:

–Todos en Vietnam, Norte o Sur, luego de la liberación de 1975, teníamos grandes esperanzas. Nos costó trabajo a muchos adaptarnos a las

nuevas condiciones de vida. Desgraciadamente el bloqueo económico que Estados Unidos nos impuso no nos ha hecho ningún bien. Y además, el burocratismo del gobierno tampoco ayuda mucho. Es triste decirlo pero 13 años después de la victoria, no siento que hayamos avanzado con la rapidez que se hubiera necesitado. Supongo que a nuestros funcionarios les tomó mucho tiempo acostumbrarse a la victoria. Quizás no la esperaban tan pronto y estaban preparados para seguir luchando en las trincheras, pero no para administrar.

“Joe” suspiró mirando hacia el firmamento tachonado de estrellas, me palmeó después una rodilla y me preguntó:

–¿Qué piensas de todo esto?

–Te felicito –le dije–. Pudiste haberte ido y te quedaste a luchar en tiempos de paz.

“Joe” no dijo nada. Fumó lentamente y luego se puso de pie. –Me voy a dormir –dijo–. Estoy cansado. Sólo espero que mi cine ayude a este país a salir adelante.

–¿Cuánto ganas? –le pregunté con mala conciencia, pero sabía que tenía que hacerlo.

“Joe” se sentó de nuevo y se sirvió otra taza de té de jazmín. –Me pagan cincuenta dólares por cada película, y me toma dos meses hacer una película, así que gano veinticinco dólares al mes y creo ser uno de los hombres que más dinero gana en estos días en todo Vietnam. La mayoría de la gente gana entre cinco y diez dólares al mes. Claro que con mis veinticinco dólares tampoco me alcanza para comprar la leche en polvo que requiere mi hija de tres años, porque es leche de importación y es muy cara, ni tampoco puedo ponerle gasolina a mi automóvil, por eso me transporto en bicicleta, pero no me quejo tanto por eso, sino por la falta de agilidad en los trámites para filmar una película. Antes yo filmaba hasta seis películas en un año, y ahora hago tres, si bien me va. ¡Y es obvio que antes no ganaba cincuenta dólares por película!

“Joe” se volvió a quedar callado. Le pregunté si toda la gente de Vietnam del Sur pensaba como él.

–Muchos sureños piensan, definitivamente, y esto aunque no lo digan, que perdieron la guerra –reiteró.

Y luego agregó:

–Yo no soy de esos. Yo pienso que la ganamos nosotros, todos, los vietnamitas. Es sólo que hace 13 años de eso y sigo viendo pobreza a mi alrededor. Ojalá mi trabajo sirva de algo... no digo que mi trabajo individual sea muy importante, pero sí el trabajo de todos, de cada una de nosotros, en conjunto, y la buena administración del gobierno, sin corrupciones... y eso espero que llegue pronto, para salir adelante.

“Joe” se despidió esta vez de manera cortante y no aceptó ninguna otra pregunta.

–Vete a dormir –me dijo– y descansa. Mañana tenemos un día muy pesado. Vamos a buscar locaciones para la película de Miguel.

Me quedé un rato en la terraza. Solo. Admirando la luna, que brillaba muy cerca, casi al alcance de la mano.

SIN RENCOR

Según Miguel Rico, el pueblo vietnamita, que ha sido obligado a pelear contra japoneses, franceses, chinos y estadounidenses, es un pueblo que ha estado combatiendo durante 2,000 años y sin embargo no conoce el rencor.

–No odia ni siquiera al estadounidense que cruzó el océano para venir a combatirlo en su propia tierra –me dijo durante una entrevista.

–Este es mi segundo viaje. Vine el año pasado. Ahora estoy aquí para tramitar los permisos. Los burócratas hacen todo muy lento. Si todo sale bien, el próximo año comienzo a filmar *El milagro de Vietnam*, que no es otra película sobre esa guerra injusta, sino una historia de paz y de armonía. Quiero regresar el año entrante, con 20 mexicanos, entre técnicos y actores, a rodar la película.

–¿Por qué una película sobre Vietnam?

–Muchos mexicanos pelearon en Vietnam, y situar la historia en Vietnam me da la oportunidad de rendir un tributo a esos compatriotas que pelearon no solamente en la guerra de Vietnam, sino en la Segunda Guerra Mundial, en la Primera, y en la de Corea, siempre del lado de los estadounidenses. Hasta ahora nadie les ha rendido tributo ni ha hecho un reconocimiento a su participación o a su sacrificio. En ninguna película se les menciona, en ningún libro, en ningún lado se habla de ellos y ni siquiera los mexicanos sabemos del sacrificio de estos individuos ni las razones que tuvieron para hacerlo.

“Muchos de esos mexicanos que pelearon en la guerra de Vietnam eran indocumentados en Estados Unidos y vinieron aquí para conseguir sus papeles. Lo hicieron, básicamente, para alcanzar un buen estatus dentro de la sociedad estadounidense y tener, según ellos, mayores oportunidades a su regreso, y para aspirar a una mejor educación y a un mejor trabajo.

“Claro que no se trata de exaltar la guerra de los mexicanos en Vietnam, simplemente se trata de exaltar la paz a través de la guerra de estos mexicanos en Vietnam”.

–¿Qué impacto te causó Vietnam en tu primer viaje?

–Cuando llegué la primera vez, en 1987, empecé a descubrir que Vietnam era muy diferente a todo lo que había visto en cine, sobre todo porque las películas que hemos visto son gringas, y el punto de vista que ahí se maneja es el de los combatientes estadounidenses: se habla de su dolor, su desencanto, su miedo, etcétera, pero Hollywood nunca ha dado el punto de vista de los vietnamitas.

“El año pasado Joe me mostró una película suya, que tú también verás a nuestro regreso en Ciudad Ho Chi Minh, que narra la historia de una aldea de campesinos que es bombardeada por la aviación estadounidense. Ahí, por primera vez, vi plasmado en la pantalla el dolor de los hombres, las mujeres y los niños que recibían sobre sus cabezas esas bombas”.

Rico gesticula y manotea mientras habla, le emociona el tema de su película que trata, básicamente, del reencuentro, en Vietnam, de tres ex combatientes: un estadounidense, un mexicano y un vietnamita. Los dos primeros lucharon del lado de Vietnam del Sur y el tercero fue un guerrillero del Vietcong.

—También se habla en la historia, que no te voy a contar completa, del problema de los niños “amerasiáticos”, que son hijos de soldados estadounidenses con mujeres vietnamitas y que, según cifras oficiosas, llegan a ser más de 100,000, de los cuales, sólo en Ciudad Ho Chi Minh, hay cerca de 15,000. Son niños que seguramente ya viste.

—Supongo que son esos niños que andan por ahí vendiendo tarjetas postales a los escasos turistas rusos —le digo—. Algunos parecen más estadounidenses que vietnamitas.

—Muchos de estos niños amerasiáticos son hijos de mujeres vietnamitas que se dedicaron a la prostitución durante la ocupación estadounidense de Vietnam del Sur. La guerra es siempre una mala cosa, en cualquier parte del mundo.

—Si muchos soldados estadounidenses tuvieron hijos con mujeres vietnamitas, y si muchos mexicanos vinieron a pelear esta guerra, ¿puede entonces haber hijos de mexicanos?— lo interrogo.

—Debe haberlos. Lo que sucede es que el tipo físico del mexicano y del vietnamita es muy parecido. Cuando hablamos de los vietnamitas, generalmente los imaginamos como chinos, pero no hay que olvidar que son indochinos. El vietnamita tiene los ojos bastante redondos y son muy pocos los que los tienen tan rasgados como los chinos. Hay grupos étnicos que son casi idénticos a los mexicanos, así que si un mexicano tuvo un hijo con una vietnamita, puede muy bien parecer un niño vietnamita. Y esos niños, de los que probablemente también hay muchos, no son tan notorios como los hijos de los estadounidenses.

—¿Cómo te recibió la gente de la industria cinematográfica en Vietnam?

—El primer recibimiento fue cauteloso, con un poco de recelo. Tal vez pensaron que yo intentaba hacer una película más sobre la guerra. Cuando les presenté la sinopsis del guión se conmovieron y me dieron las gracias por haber escrito esa historia. “Es una bella historia”, me dijo uno de los funcionarios del Instituto Cinematográfico. “Es una bella historia para nuestro país, y queremos colaborar, para que se lleve a la pantalla”. Y eso me gustó mucho.

Miguel arruga la frente, le da un trago corto a su vaso de vodka vietnamita, hecho con arroz, y luego bebe jugo de naranja. Estamos en la mesa de un cafetín que está frente al mercado del pueblo. Afuera, las calles están repletas de vendedoras de flores. Todas van tocadas con sus típicos sombreros de paja puntiaguda. Es la hora de la salida del trabajo —las cuatro y media de la tarde—, y el congestionamiento de bicicletas es más peligroso que

el cruce de Insurgentes y Reforma a las seis de la tarde, en la ciudad de México.

Miguel le da otro sorbo a su vodka de arroz y continúa:

—Los funcionarios de la industria cinematográfica local que han conocido la historia, quieren participar en la producción de la película. Ahora la están viendo no como la película de un mexicano que viene a Vietnam a filmar de manera independiente sino como una coproducción mexicano-vietnamita, y eso está atorando los permisos, quieren más poder de decisión...

La tarde helada de las montañas de Vietnam se ha instalado a nuestro alrededor y yo tengo que salir esta misma noche hacia Hanoi, así que damos por concluida la entrevista.

EL NORTE

Hanoi, poco a poco, y luego de tres décadas de guerra, regresaba a la vida civil. A lo largo de la carretera que va del aeropuerto a la ciudad, vi edificios nuevos de ladrillo rojo que se levantaban entre los arrozales. En el centro de la capital, los pequeños locales comerciales que hace apenas unos años no tenían nada que vender, comenzaban a llenarse de toda clase de artículos que los vietnamitas del Norte admiraban con rostros sonrientes. Ahora, en 1988, podían comprar “jeans” italianos, vajillas chinas, artículos eléctricos japoneses y muebles tailandeses de ratán, entre otras cosas.

Comenzaban a proliferar los pequeños restaurantes en medio de las aceras, como en París. Y casi todos eran negocios de particulares.

El gobierno estaba estimulando a los vietnamitas a invertir en negocios productivos. Y en ese clima tan caluroso, un café al aire libre en donde uno podía sentarse a tomar una limonada a una cerveza fría, era un espléndido negocio.

A pesar de que los vietnamitas trabajaban mucho y ganaban poco, se daban el lujo, en esos primeros años del triunfo, de sentarse en una cafetería moderna, en el centro de Hanoi, durante algunos minutos del día, a tomar una taza de té y a conversar con los amigos un momento.

En las noches, las calles y las aceras de Hanoi (tan arduamente bombardeadas durante tantos años por Washington) se iluminaban con nuevas lámparas de gas neón. Después de tres décadas de guerra, la ciudad capital Hanoi parecía estar levantando cabeza.

Sólo que a pesar de los esfuerzos del gobierno para incitar a los particulares a invertir en negocios privados, las tiendas y los cafés de Hanoi no se comparaban en 1988 con las tiendas, los cafés y los restaurantes de la más occidental y animada Ciudad Ho Chi Minh.

Y esto era así porque Saigón, independientemente de que hubiera perdido la guerra contra el Norte, fue, durante más de un siglo, el bastión del mundo capitalista y occidental en el sureste asiático.

A pesar de haber perdido la guerra, los sedimentos del capitalismo estuvieron presentes en Saigón durante muchos años.

El gobierno de Hanoi, mientras tanto, buscando adaptarse a los nuevos tiempos, cambió sus leyes de mercado para facilitar la entrada de la inversión extranjera, y seguía empeñado en devolver la tierra a los campesinos.

A pesar del burocratismo del Partido Comunista, los hombres y mujeres de Hanoi deseaban en ese año que su gobierno tuviera éxito en la guerra económica que buscaba conquistar altos niveles de vida para los empobrecidos ciudadanos de Vietnam.

NUEVOS PLANTEAMIENTOS

Durante el Octavo Congreso del Partido Comunista de Vietnam, efectuado en Hanoi en marzo de 1990, se planteó la renovación *-doi moi-*, y la necesidad de que el gobierno lograra más relajamiento de los controles sociales y económicos, así como una mayor apertura en el debate político. Se pidió también la liberación de las personas detenidas en los campos de reeducación. Y se hizo hincapié en que “el pueblo de Vietnam desea construir la sociedad socialista”.

Pero en ese octavo pleno del PCV se habló también de los cambios “menos positivos” que se estaban dando en la sociedad vietnamita como el incremento de la criminalidad, la corrupción, la prostitución y las rupturas familiares.

Lo anterior se vio con preocupación aunque se dijo, en la época, que detectado y corregido a tiempo, no entrañaba riesgo de que el socialismo se desintegrara.

En un encuentro efectuado en abril de 1990 con dirigentes de la juventud comunista vietnamita, el entonces secretario general del PCV, Nguyen Van Linh, dijo que tras los acontecimientos en Europa del Este, “los opositores al socialismo vuelven sus armas contra su presencia en Asia, pero hoy, más que nunca, el pueblo vietnamita, apoyado en su ejército, construye la sociedad socialista, toma al marxismo leninismo como única brújula y asegura el papel rector del PCV, fundado y forjado por Ho Chi Minh”.

No obstante, el ejército vietnamita (que en 1986 contaba con 1.5 millones de soldados y era la quinta fuerza armada del mundo) confrontaba graves problemas internos -políticos y morales- debido a su bajo presupuesto, al descontento por la corrupción en el PCV, y al derrumbe del comunismo en Europa Oriental.

Despachos internacionales de prensa destacaron a mediados de 1990 que “el brusco derrumbe de regímenes comunistas en Europa del Este tuvo un impacto negativo en los corazones y las mentes de los jefes y combatientes de las fuerzas armadas de Vietnam”.

Las agencias noticiosas informaron en esa época de “los crecientes problemas morales de un ejército que solía ser capaz de motivar a sus tropas para lograr increíbles proezas militares durante las guerras contra Estados Unidos y Francia”.

Además, los presupuestos eran tan limitados que muchas unidades no tenían suficiente dinero para comprar aceite y arroz para alimentar a sus tropas, y tampoco podían comprar repuestos para mantener sus equipos. Los niveles de vida en el ejército eran muy pobres y el índice de deserción era muy alto.

Los soldados estaban descontentos porque los funcionarios corruptos eran raramente castigados, incluso si eran capturados, señalaban en la época las agencias de prensa.

Luego de haber viajado por aquella nación, y de haber convivido con su pueblo, puedo concluir que Vietnam se enfrenta todavía a un doble reto: corregir los errores de la excesiva centralización en una sociedad agrícola tradicional, y superar los graves efectos de una guerra de devastación que ganó "pírricamente" en 1975 y que dejó al país en condiciones por demás adversas.

Según datos recabados "in situ" por la revista *Cuadernos del Tercer Mundo* la intervención norteamericana en Vietnam dejó un balance desolador:

- * En el Norte, los bombardeos destruyeron 70 por ciento de las aldeas y atacaron todas las ciudades, algunas de las cuales quedaron totalmente arrasadas.

- * Todas las instalaciones industriales del Norte fueron dañadas: tan sólo el "Bombardeo de Navidad" de Nixon en 1972 acabó con el 75 por ciento del potencial industrial.

- * Todos los puentes del país fueron derribados y las carreteras y vías férreas parcialmente destruidas.

- * Mil 600 instalaciones hidráulicas agrícolas que regaban cientos de miles de hectáreas y más de 1,000 diques de protección contra las inundaciones quedaron destruidos.

- * Todas las represas del Norte fueron dañadas.

- * Cerca de 3,000 escuelas, 350 hospitales, 1,500 puestos de enfermería y maternidades fueron arrasados.

- * Más de 9,000 de las 15,000 aldeas del Sur fueron devastadas y 10 millones de campesinos fueron trasladados o confinados por la fuerza en "aldeas estratégicas".

- * La población urbana aumentó de 10 por ciento en 1960, a 65 por ciento al final de la guerra; mientras que la rural se redujo de 85 por ciento a 30 por ciento en ese mismo lapso.

- * En el momento del triunfo y la reunificación, existían en el Sur más de tres millones de desempleados, cuatro millones de analfabetos, millón y medio de ex soldados, policías y oficiales desmovilizados, un millón de tuberculosos, 360,000 mutilados de guerra, un millón de viudas, 800,000 huérfanos y, solamente en Saigón, 70,000 prostitutas, 50,000 drogadictos, 10,000 mendigos y 15,000 niños abandonados. Además, el 25 por ciento de los habitantes adultos de Saigón tenía enfermedades venéreas, y había focos de cólera en los barrios más miserables.

Pero si recordamos que “una caída en un pozo producirá un salto en tu ingenio”, según reza un antiguo proverbio vietnamita, podremos asegurar que el pueblo de Vietnam, unificado y fuerte, sabrá encontrar los caminos que soñó Ho Chi Minh y podrá sortear los vericuetos de esta nueva encrucijada de su historia.

En noviembre del 2000, 25 años después de la derrota del Tío Sam, Clinton visitó Vietnam y el director de la Cruz Roja, Nguyen Trong Nhan, le pidió en Hanoi al saliente presidente estadounidense ayuda “urgente” de Washington para limpiar las áreas contaminadas con el agente naranja.

Nhan dijo que el daño causado por el herbicida tóxico -que contenía dioxina, uno de los químicos más peligrosos-, estaba “más allá del poder que tiene Vietnam en este momento para enfrentarlo”.

Hanoi acusa al agente naranja de causar deformaciones en decenas de miles de recién nacidos. Nhan dijo que el total de las víctimas en el país es de cerca de un millón.

Washington normalizó relaciones con Vietnam -país fuerte, digno y orgulloso, que tuvo la ilusión de la independencia y la soberanía, y que dio la sangre de sus hijos por ellas-, hasta 1995.

En 1995, el Tío Sam ya había intervenido militarmente en Bosnia-Herzegovina. Después, en 1999, vino la intervención militar en Kosovo. En el 2001, la guerra en Afganistán. Y en el 2003 la invasión de Irak.

Y ahora, en el 2005, a 30 años de la victoria de Vietnam, cuando más de 2,000 soldados estadounidenses han muerto en Irak, la Casa Blanca dice estar “preocupada” por el programa nuclear de Irán y por las actitudes desafiantes del gobierno de Corea del Norte.

En los círculos de poder en Washington se habla ya de posibles acciones bélicas, “para llevar la democracia” a esas naciones.

Por desgracia -aunque apenas han pasado dos años desde la invasión de Irak y el promedio es de una intervención militar cada 4.8 años-, parece ser que Goliat planea volver pronto a las andanzas...

(Actualización: Tras las elecciones legislativas del 7 de noviembre del 2006, en las que el Partido Demócrata recuperó el control del Congreso, habían muerto en Irak casi 3,000 soldados estadounidenses y más de 20,000 estaban heridos, muchos de gravedad. Días antes de las elecciones intermedias, Bush había comparado -por primera vez-, la de Irak con la guerra de Vietnam, Corea del Norte había realizado una prueba nuclear en las narices del mundo, Irán continuaba enriqueciendo uranio, el Movimiento Talibán resurgía con fuerza en Afganistán y los Servicios de Inteligencia de Estados Unidos habían dicho que el mundo corría más peligro desde que el jefe de la Casa Blanca había invadido Irak.)

© Copyright Guillermo Zambrano 2006

D.R. © 2006 de la presente edición Librosinpapel, LLC. ISBN 0-9776566-0-8

Fotografía y Diseño de portada: BestBookcovers.com